



UNIVERSIDAD
ACADEMIA
DE HUMANISMO CRISTIANO

TEJIENDO NUEVAS ESPERANZAS

Un ejercicio de teología política en torno al Chile actual



PEDRO PABLO ACHONDO M
JUAN IGNACIO LATORRE R



TEJIENDO NUEVAS ESPERANZAS

Un ejercicio de teología política
en torno al Chile actual

Pedro Pablo Achondo M
Juan Ignacio Latorre R

UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

Esta publicación es un compilado de las columnas mensuales escritas por Pedro Pablo Achondo y Juan Ignacio Latorre a partir del año 2019, publicadas en el diario digital El Mostrador:

<https://www.elmostrador.cl/autor/latorreyachondo/>

Algunas columnas han sido revisadas y/o modificadas para la presente edición.

Edición: Pedro Pablo Achondo

Diseño y portada: Isidora Ayala

Producción: Universidad Academia de Humanismo Cristiano

Autores:

Pedro Pablo Achondo Moya (1980). Licenciado en Filosofía y Magíster en Teología Moral y Práctica en Centre Sèvres de París. Poeta, Investigador y Académico Pontificia Universidad Católica de Valparaíso.

Juan Ignacio Latorre R. (1978). Psicólogo, académico, Máster en Políticas Sociales y Mediación Comunitaria, Máster en Gestión Pública, y Posgrado en Economía Cooperativa, en la Universidad Autónoma de Barcelona. Político, militante de Revolución Democrática (RD). Senador de la República por la Región de Valparaíso.

Fotografías:

Isidora Ayala, Pedro Pablo Achondo, Joaquín Fernández, Eliseo Fica Rojas, Gabriela González Canessa.

Las opiniones vertidas en los artículos de esta publicación no representan, necesariamente, la opinión de la institución que la produce.

© Todos los derechos reservados a Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Marzo 2021.
Edición digital. Hecho en Chile.

I. PRESENTACIÓN

7 Prólogo de Soledad del Villar

9 Prólogo de Álvaro Ramis

II. INTRODUCCIÓN

13 Por Pedro Pablo Achondo Moya

III. COLUMNAS

15 La incansable búsqueda del bien común

17 Sufrimiento insostenible

19 Bajo una cultura de abusos

22 Teología política de la derecha

25 Teologías de la liberación y una política comprometida

28 El grito ecológico

30 Un nuevo pacto "con" el agua

33 Ese ídolo neoliberal chileno

35 ¿El regreso de los animales?

37 Pensar la nueva normalidad postcoronavirus

40 Hacia una política del cuidado ciudadano

44 Recuperación justa y sostenible: hacia formas de vida digna

48 La teología de las ollas comunes

52 Pedro Casaldáliga, los pueblos indígenas y lo que podemos aprender

55 Esperanza (y) política

58 Dignidad espiritual e indignación ética, una lectura de la encíclica Fratelli Tutti (Capítulos I-III)

62 Una política de la ternura (Capítulos IV y V de Fratelli Tutti)

66 Violencia, balazos y artesanos de la paz (Capítulos VI-VIII de Fratelli Tutti)

IV. EPÍLOGO

70 Por Juan Ignacio Latorre

72 Obras y autores de referencia

I. PRESENTACIÓN

Vivimos tiempos distópicos, que duda cabe. La crisis del paradigma neoliberal, que es a la vez una crisis ecológica, económica y social, se ha visto agravada por una pandemia global que ha puesto al mundo en jaque. Vivimos un presente incierto y nos enfrentamos cotidianamente a la posibilidad de un futuro sombrío e incluso catastrófico. No es una exageración decir que estamos afrontando una crisis civilizatoria, pues todo el modo de vivir y organizarnos que nació con la modernidad capitalista amenaza hoy la vida misma de nuestro planeta. Por otra parte, la imaginación utópica de los '60 y '70, que diera origen a los grandes proyectos políticos transformadores en América Latina, está desde hace un buen tiempo en banca rota. Las izquierdas políticas encuentran cada vez más dificultades para articularse en torno a un proyecto político común, que de cauce a las grandes transformaciones sociales que Chile necesita. Tenemos menos herramientas afectivas, espirituales, intelectuales y políticas para imaginar un futuro distinto para nuestro país y nuestro continente. Hemos perdido la confianza en que juntos podemos aliviar el sufrimiento de quienes nos rodean, vivir con dignidad y en armonía con la naturaleza, y cambiar el mundo para bien.

Paradójicamente, es el mismo presente distópico el que crea la necesidad urgente de tejer nuevas esperanzas e imaginar utopías. Esta crisis es también una encrucijada que nos obliga a detenernos y repensar nuestro futuro *juntos*. Una coyuntura crítica en que se nos abre la posibilidad de enmendar el rumbo y reorientarnos hacia el bien común y el buen vivir de nuestros pueblos. Los artículos de Juan Ignacio Latorre y Pedro Pablo Achondo, escritos en medio del intenso quehacer intelectual y socio-político de ambos autores, ofrecen precisamente ideas para alimentar nuestra imaginación e invitarnos a participar del esfuerzo colectivo de construir entre *todes* futuros viables para un mejor con-vivir entre pueblos, personas y territorios. Esfuerzo histórico que encuentra en la futura Convención Constituyente un espacio concreto para materializarse en normas e instituciones que rijan nuestra convivencia.

Sus reflexiones tienen su domicilio en el cristianismo liberacionista que por más de 50 años viene animando el caminar de diversas comunidades cristianas populares en Latinoamérica. Una corriente teológica que aspira a comprender la tradición cristiana desde la perspectiva de las víctimas y los pobres, denunciando las estructuras sociales que mantienen a pueblos enteros sobreviviendo bajo el yugo de la opresión, la injusticia y la marginalidad. Un cristianismo que reconoce el rostro de Cristo en quienes sufren, invitándonos a la compasión, el cuidado de la vida en toda su vulnerabilidad y la construcción de una historia en que no haya más crucificados ni víctimas. Una forma de vivir la fe que encuentra en cada lucha por una vida digna un espacio en el que se actualiza y se re-articula la esperanza escatológica en el Reino de Dios, que predicara Jesús de Nazaret.

Apuesta osada el apelar a una tradición espiritual que en Chile también confronta una de sus mayores crisis históricas. Lejos estamos de la Iglesia Samaritana (Lc 10, 25 – 37), que arriesgó su pellejo por defender la vida e integridad de quienes eran perseguidos cruelmente por la dictadura de Pi-

nochet. Estamos más bien, experimentándonos como una Iglesia Bartimea (Mc 10, 46 – 52), cegada por su propia crisis y situada al margen del peregrinar del pueblo de Chile, incapaz de sumarse a la caravana de quienes luchan por una vida más digna. Una Iglesia que ha abandonado su misión profética para sumirse en un silencio indiferente, cuando no cómplice, ante tanta injusticia. Una Iglesia menos heroica y más vulnerable, que no nos salva, y que por el contrario está ella misma urgentemente necesitada de salvación. En tiempos de crisis eclesial y política, es bueno encontrar voces que, arraigadas en la tradición cristiana, ofrezcan una reflexión fresca, dialogante y lúcida, con la intención de contribuir al debate público entorno al Chile que queremos. Voces que, sin evadir la crisis institucional del catolicismo chileno, pueden ver más allá de ella, reconectándonos con las raíces humanizadoras de la fe cristiana.

Juan Ignacio y Pedro Pablo nos ofrecen una reflexión lejana a todo fundamentalismo que pudiera animar nuestra esperanza. La teología política que se articula en este libro se aleja de los discursos moralizantes, autoritarios y totalizadores que irritan a la conciencia de creyentes y no creyentes, para sumar una perspectiva particular al coro diverso y plural que constituye lo que llamamos Chile. Y es que, como dijera el teólogo alemán J.B. Metz, “la iglesia no es primordialmente una institución moral, sino transmisora de una esperanza.” Los autores nos ofrecen una perspectiva teológica y política del presente que se articula bajo la esperanza de la llegada inminente de un “cielo nuevo y una tierra nueva.” (Ap 21, 1). En vistas de la constante llegada del Reino de Dios, en el que los que lloran son consolados, los que tienen hambre y sed de justicia son saciados, los que luchan por la paz son reconocidos como dignos hijos de Dios, y los que son perseguidos a causa del bien heredan la tierra (Mt 5, 3 – 12). Cada artículo de esta compilación es una invitación que brota de una esperanza escatológica que esta en el corazón del cristianismo y que nos hace intuir y afirmar que no es la muerte la que tiene la última palabra, sino la vida abundante (Jn 10, 10) ofrecida gratuitamente a **todes**.

Espero que el fructífero diálogo que dio origen a este libro se expanda para incluir más voces y miradas, e inspire a todos quienes están buscando alternativas políticas para un mundo en crisis. Atreverse a imaginar un mundo distinto es el punto de partida de cualquier transformación concreta. No podemos caminar sin utopías. Necesitamos pragmatismo, pero también sueños y proyectos por los que valga la pena gastar la vida. Una mirada integradora que se confronte con las raíces de nuestra actual crisis, para proponer alternativas que hagan nuestra convivencia viable. Un diálogo de experiencias, tradiciones y utopías, que nos ayuden a construir un mundo más humano. Que estas palabras nos ayuden a enlazarnos con otras y otros, para pensar **juntas** nuevas utopías que inspiren nuestra acción política y social.

M. Soledad Del Villar

MAGISTER EN HISTORIA (UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO) Y TEOLOGÍA (BOSTON COLLEGE)

ESTUDIANTE DE DOCTORADO EN TEOLOGÍA, BOSTON COLLEGE

[1] Johann Baptist Metz, *Por una mística de ojos abiertos: Cuando irrumpe la espiritualidad*, trans. Bernardo Moreno Carrillo, 1^a edición (Herder Editorial, 2013), 73.

EL MÉTODO DE LATORRE Y ACHONDO

¿Es posible una teología política en la segunda década del siglo XXI? Esta pregunta tiene una respuesta a partir del amplio desarrollo de este tipo de estudios desde la filosofía política, la teoría política y la ciencia política que desde fines de los años 90s se puede advertir, en especial en la filosofía continental y el pensamiento europeo contemporáneo. Se identifican una serie de relecturas creativas de Carl Schmitt y Walter Benjamin, junto a aportes novedosos, como los de Giorgio Agamben y Gianni Vattimo, que permiten abrir nuevas interpretaciones del mundo, en un contexto post-secular.

Esta discusión internacional ha tenido durante estas décadas una recepción crítica en América Latina, en especial a partir de una rica tradición teológica latinoamericana, que desde los años sesenta elaboró diferentes teologías de la liberación, enraizadas en contextos nacionales (como la teología del pueblo en Argentina), contextos culturales (la teología andina), enfoques de género (teologías queer), desde prácticas interreligiosas (la teología afrobrasileña o la teología caribeña), nuevas prácticas políticas (la teología ecofeminista) o en diálogo interdisciplinar (con la psicología y la filosofía de la liberación). Por lo tanto, la relevancia de la teología política a nivel académico es clara y evidente.

La discusión sobre la pertinencia de una teología de este tipo se instala en otro ámbito, donde los cuestionamientos expresan la herencia de una epistemología reduccionista y una ontología sesgada, que identifica el principio de laicidad como un punto de llegada, sin admitir la necesidad de una reflexión crítica fundamentada y compleja del fenómeno religioso. Pero la realidad, porfiadamente, sigue mostrando que la esfera de las creencias, el campo de los imaginarios de sentido y los caminos de las espiritualidades siguen influenciando y ejerciendo incidencia activa en el ámbito de lo público.

No es un decreto el que instalará una secularización forzada en las sociedades, y aunque se intente, ello no impedirá que las tradiciones y herencias religiosas continúen permeando las relaciones humanas y sociales. Es necesario, intelectual y políticamente, recoger este acervo, con su riqueza y su miseria, como aporte y como lastre, para reconocer que las hebras de la vida humana están tejidas con categorías, imágenes, conceptos y emociones religiosas, que continúan moldeando nuestras expectativas de futuro, y nuestros juicios respecto al presente.

Por esta razón el libro que nos presentan Juan Ignacio Latorre y Pedro Pablo Achondo es de una relevancia central para nuestro tiempo. En las columnas que se compilan en esta publicación lo que se realiza es un ejercicio de teología política, aplicada a procesos que trascienden los sucesos que motivaron tangencialmente su publicación. Más que textos efímeros o de coyuntura, se trata de

reflexiones de fondo, que parten, inductivamente, de un momento que amerita una reflexión, pero cuyas conclusiones y perspectivas, se desplazan desde la inmediatez hacia el fondo de las argumentaciones que fundamentan las distintas perspectivas que atraviesan la discusión.

De esa manera lo que caracteriza a este libro es presentar un método singular de análisis, reflexión y propuesta política. No sólo se caracteriza por conjugar, a modo coral, las voces del senador Latorre y el teólogo Achondo. Este difícil ejercicio interdisciplinar e interprofesional, es sólo un marco que permite el despliegue de toda una hermenéutica crítica basada en el sentido, que encuentra en las categorías, imágenes, conceptos y emociones cristianas un campo fértil de trabajo.

La labor de Latorre y Achondo es escudriñar el presente político del país, un instante en algunos casos, un itinerario histórico en otros. Y desde la fugacidad del momento acceder a las claves de un imaginario que no es siempre evidente. Detrás del acontecimiento se oculta toda una experiencia a ser develada. Tras la consigna late una larga vivencia acumulada. Al margen de un proceso legislativo, de una disputa parlamentaria, se identifica un conflicto de interpretaciones de naturaleza mucho más profunda, que implica pensar y sentir en una esfera donde lo que se confronta radica en distintas formas de pensar el cielo, el infierno y la voluntad divina. Este fenómeno es el que describe la primera de las Tesis de la filosofía de la historia, de Walter Benjamin, cuando señala:

“Es notorio que ha existido, según se dice, un autómatas construido de tal manera que resultaba capaz de replicar a cada jugada de un ajedrecista con otra jugada contraria que le aseguraba ganar la partida. Un muñeco trajeado a la turca, en la boca una pipa de Narguile, se sentaba en un tablero apoyado sobre una mesa espaciosa. Un sistema de espejos despertaba la ilusión de que esta mesa era transparente por todos sus lados. En realidad se sentaba dentro un enano jorobado que era un maestro en el juego del ajedrez y que guiaba mediante hilos la mano del muñeco. Podemos imaginarnos un equivalente de este aparato en la filosofía. Siempre tendrá que ganar el muñeco que llamamos «materialismo histórico». Podrá habérsela -sin más ni más con cualquiera, si toma a su servicio a la teología que, como es sabido, es hoy pequeña y fea y no debe dejarse ver en modo alguno”.

La teología, pequeña y fea, cual enano jorobado, sigue moviendo las piezas de una partida de ajedrez que creemos disputar en el campo político de la pura razón. Sin embargo, la partida se juega en otra cancha, donde impera una razón impura, o en palabras de Achondo, híbrida. En esa escena, oculta, emergen las valoraciones humanas, las sensibilidades atávicas, las subjetividades acendradas, y sobre todo los imaginarios colectivos que permiten entenderse y soñar un futuro compartido o empantanarse en la violencia más sorda, cruel y desquiciada.

Que un senador y un teólogo puedan emprender juntos este desafío, en este tiempo de vanidades, es de enorme relevancia. Refleja que más allá de la inmediatez de la política, de los trámites parlamentarios y de las especulaciones académicas, la vida intelectual y espiritual sigue presente en algunos rincones de nuestro territorio. Todavía hay personas que piensan, actúan, creen y sienten políticamente, al mismo tiempo, y de forma sistemática. Esa es una muy buena noticia porque devuelve la esperanza en la condición humana.

Álvaro Ramis

DOCTOR EN ÉTICA, UNIVERSIDAD DE VALENCIA

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

II. INTRODUCCIÓN

Durante poco más de dos años nos aventuramos junto a Juan Ignacio Latorre a un intenso diálogo teológico-político. A una conversación, inusual y entretenida, dónde fuimos compartiendo las aristas, contrapuntos, nudos y enlaces entre el quehacer político y el lugar de la religión, la ética cristiana y la espiritualidad en él. Más aún, quisimos plantearnos la extraña tarea, en estos días, de preguntarnos por una praxis política vivida ***desde los empobrecidos e inspirada por los gestos y palabras de Jesús de Nazaret***. Aquello, sintiendo el pulso de Chile entre caminatas, marchas, encuentros diversos, indignaciones, lecturas, territorios y lamentos.

Este diálogo, someramente anidado en las 18 columnas que presentamos, ha buscado posicionar temáticas, disputar sentidos y colocar, al modo de una preocupación y una propuesta, nuestro parecer conjunto. No cabe duda de que varios temas fundamentales han quedado fuera. No nos fue posible, en el transcurso de estos años, abordar la amplitud de clamores e injusticias que siguen tiñendo la vida de nuestro pueblo.

Hoy, en esta sencilla publicación digital, gentilmente apoyada por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano, las queremos ofrecer como aporte para la conversación ciudadana que nos convoca como pueblo durante los años venideros. Recíbase como un insumo más, entre muchos, para este precioso momento histórico.

Situados en la esperanza creyente y animados por la riqueza teológica y política que tiñe la historia de lucha, entrega y solidaridad en nuestra Indo-Afro-Latino América, ofrecemos esta necesaria conversación en una época de errancia y en medio de heridas que no es posible sanar solo con palabras.

Pedro Pablo Achondo Moya

III. COLUMNS



1. LA INCANSABLE BÚSQUEDA DEL BIEN COMÚN

4 de abril, 2019

Pareciera que la velocidad de las comunicaciones y el ritmo actual de vida, sobre todo en las grandes ciudades y capitales de nuestro mundo, no nos dejan tiempo ni espacios para una acuciosa reflexión ciudadana respecto del porvenir. Sin duda, la universidad, los centros de investigación y organismos particulares sí se encuentran pensando el mundo, pensando la vida en común. Pensando Chile y todo lo que ello implica. Pero incluso ellos se ven empujados y ahogados por fechas, publicaciones, actividades y, en definitiva, el ritmo mismo en que el mundo parece funcionar. Todo ello es verdad y al mismo tiempo no lo es.

Hay pensadores, como el filósofo cubano-alemán Raúl Fornet-Betancourt, que critican fehacientemente la idea de que “nuestros tiempos” son solo estos: veloces, implacables, virtuales y sin capacidad de ahondar y enfrentar los problemas fundamentales. Esta idea instalada sobre “nuestros tiempos” respondería a intereses impuestos y una forma concreta de comprender la sociedad que corresponde a la imperante, aquella donde el capital financiero y el ideal del progreso continúan pisoteando otras formas de situarse en el mundo. Se nos adoctrina en esta idea hegemónica y se nos prepara para lidiar con ese mundo: competitivo, meritocrático, narcisista y moldeado para intereses de acumulación privada.

Los movimientos sociales y las luchas populares nos recuerdan incansablemente que “este mundo” no es tal. O puede no serlo o que otro mundo es posible. Que las relaciones humanas construidas desde un horizonte ético humanizador son posibles y, más aun, se llevan a cabo en ciertas comunidades, pueblos, ciudades, microsociedades y territorios que han podido situarse desde otro horizonte cultural y mental, contra este poder hegemónico instalado.

Creemos que desde la política y la búsqueda del bien común es posible dar esta batalla. Batalla que, en definitiva, tiene que ver con lo humano. La construcción del ser humano se genera entre todos. La política es un eslabón más y apostamos a su fuerza constructora y transformadora. Sin embargo, no queremos ser ingenuos y sabemos que una primera lucha es con la política misma.

Con esas formas, también institucionalizadas, que se llenan de desconfianzas, corrupción y una serie de abusos que distancian a la ciudadanía del representante popular y su labor. Que distancian al político de la política. El político debe proponer, muchas veces, aquello que aun no existe, debe ayudar a visualizar lo que esperamos y deseamos como sociedad, debe instalarnos en ese horizonte de sentido que nos ayude a caminar juntos y convivir en esta aldea plural. La política no puede perder

su dimensión poética. En el sentido de la *poiesis* griega. Su dimensión creadora y creativa, casi artesanal. Habrá que buscar, construir, trazar esas figuras que para el poder hegemónico parecen ridículas e ineficientes, pues ese mismo poder no ha hecho sino conducirnos a la barbarie y catástrofe.

La política, puede y debe seguir siendo ese espacio ciudadano para soñar y, como verdaderos arquitectos de la polis contemporánea, dibujar los planos inexplorados de ese tiempo, que, engañosamente, parece no detenerse.

Desde allí, ¿por qué no seguir pensando otros modelos y formas de reinserción a la sociedad para las personas que han delinquido? ¿Cómo no seremos capaces de dar pasos audaces en una educación más humana, integral, ecológica, social y preocupada de la comunidad que somos? ¿Cómo no podremos detener el flujo usurpador contra los recursos del planeta? ¿Cómo no podremos caminar hacia un país realmente sostenible, innovador y constructor de una economía del bien común? ¿Cómo será posible no intencionar recursos, fuerzas y capacidades apostando por esos niños y niñas del Sename? ¿Acaso no es tiempo de revisar políticas, decisiones y visiones respecto del agua, los bosques, la tierra y todo lo que ella nos provee para una vida buena y sana?

Creemos que sí. Apostamos que sí. Y que la política es un canal privilegiado para pensarnos en ese "otro tiempo" más justo, más fraterno, más cooperativo y participativo, más respetuoso y sustentable.



2. SUFRIMIENTO INSOSTENIBLE

24 de mayo, 2019

El año 2015 el papa Francisco se aventuró, leyendo los signos de los tiempos, a publicar un documento en el que trataba el tema de la ecología. Corresponde a la Encíclica *Laudato Si'*, nombre alusivo al santo reconocido por sus vínculos con la naturaleza: Francisco de Asís y su Cántico de las Criaturas. El papa habla de una ecología integral. En esta línea apunta a un tema de suma importancia, pues desde la mirada integral no cabe ninguna duda del vínculo entre el sufrimiento de los pobres y el sufrimiento del planeta. Dicho de otro modo, según la manera en que el mundo se ha ido configurando, las comunidades pobres, los campesinos e indígenas, los pobladores de las periferias urbanas; son los primeros afectados con el derroche y sobreconsumo de otros. Expresado brutalmente, no es injusto afirmar que países africanos se transformaron en basureros de países europeos.

El camino a una vida sostenible pasa, entonces, por saber mirar el sufrimiento del otro. Por cultivar la compasión, virtud que de todas maneras tiene que ver con la política. Una política compasiva no hace vista ciega al dolor ajeno, a la miseria de los ciudadanos y al horrible espectáculo de la contaminación. Una política de la compasión apunta a la escucha y a la empatía. La excusa del exceso de trabajo y la falta de tiempo, no pueden ser válidas para el o la dirigente político, o para el intelectual. Vivimos, desde una cierta visión de la política, la acogida y hospitalidad de los problemas y sufrimientos del pueblo. La construcción del nuevo paradigma merece los esfuerzos mancomunados de muchos saberes y distintas disciplinas; no es solo un ajuste económico o institucional. Tampoco una visión nostálgica de "paraísos perdidos". No cabe duda de que hay aspectos que nuestras sociedades han ido asimilando y que van configurando una forma de estar en el mundo bien particular. Uno de ellos es la tecnología y las comunicaciones. Sin embargo, estas herramientas deslumbrantes pueden y deben estar al servicio de esa vida justa y buena, de una humanidad que pueda gozarse de una existencia con sentido.

No deja de ser una pista interesante pensar el quehacer político desde la compasión, cultivando otras formas, sostenibles y sustentables, en lo que respecta a la vida en común y el servicio público. La encíclica citada entrega algunas pistas de lo que esto podría significar: "no habrá una nueva relación con la naturaleza, sin un nuevo ser humano. No hay ecología sin una adecuada antropología" (118). El insostenible sufrimiento del mundo urge a preguntarnos por el ser humano y su lugar en él. Es la pregunta por el sentido y la vida en común. Nos parece que para ello no hay recetas universales, cada cultura, cada pueblo -con sus historias y memorias, con sus saberes y límites- puede manifestar múltiples caminos y visiones de mundo. Ello da cuenta de que las sendas de humanización

son muchas y, seguramente, complementarias. A pesar del rico el debate por la “forma política y cultural necesaria”: sea este antropocentrismo abierto, biocentrismo, biorregionalismo; no corresponde al punto de partida. La calificación vendrá después. Lo que nos apura es la fractura, la herida, el grito y el sufrimiento cotidiano, y a veces, desgarrador, de los pueblos pobres y la Casa Común.

Otra de las virtudes franciscanas que nos iluminan respecto a la política, es la austeridad: “La pobreza y austeridad de san Francisco no era un ascetismo meramente exterior, sino algo más radical: una renuncia a convertir la realidad en mero objeto de uso y de dominio” (11). Nos urge una normativa respecto a los bienes comunes de la naturaleza y seguir preguntándonos por lo justo e injusto de la propiedad privada. No en vano el destino universal de los bienes, la puesta en común y el compartir según las necesidades, constituyen principios cristianos por excelencia. Debemos pensar un verdadero código ético que promueva en las nuevas generaciones (y las actuales) virtudes como el cuidado, la austeridad, el contacto con la naturaleza y una conciencia lúcida para identificar las injusticias presentes en el sistema socio-económico y en prácticas culturales normalizadas. Urge seguir defendiendo tanto los ecosistemas como la libertad y justicia (53). No nos cabe duda de que hay una estrecha relación entre las superestructuras que se desploman en nuestros días: el patriarcado, las Iglesias y el extractivismo. Estructuras (mentales y culturales, también) basadas en una visión monofocal de la realidad, el uso de la fuerza y el poder como herramienta de acción, y un olvido -abrumador- de lo frágil y vulnerable.

En la figura de Francisco de Asís se fundan ambos gritos: el grito de los pobres y el grito de la tierra. En él encontramos una primera aproximación a lo que hoy llamamos justicia eco-social. Nos viene bien recordarlo en tiempos de preparación de la COP25 en Chile [1]; donde modificaciones cosméticas o el interés por mostrar una cierta “imagen verde”, nos parecerían insuficientes y vergonzosas.

Fue la búsqueda franciscana de austeridad, simplicidad de vida y abandono en las manos del Dios compasivo e “impotente” de Jesús, la que llevó a Francisco a amar y cuidar la tierra, maravillarse y deleitarse por todo lo creado. El amor a los pobres se traduce en un amor al planeta y viceversa. Pensar en otros paradigmas nos viene bien, no solo porque los tiempos de crisis lo ameriten, sino porque la intuición franciscana se nos presenta como un bien en sí mismo, hoy olvidado y menospreciado, a saber, una vida sencilla y cercana a los sencillos. Esta vía es tal que, en palabras de Laudato Si’: “No puede ser un real sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos” (70). En ese sentido, la pregunta por el mundo es también una pregunta por uno mismo: ¿Cómo nos hacemos cargo de lo que nos incomoda? Vale la pena seguir escudriñando y conociendo a esos maestros y maestras en humanidad -vecinos nuestros como Alberto Curamil- que, haciendo eco de san Francisco, nos han ido mostrando pistas para no olvidar a los pobres ni el sufrimiento insostenible de la Tierra.

[1] Debido a la “rebelión popular” del 18 de octubre, finalmente la sede de la COP25 se trasladó a Madrid, con una, al menos, vergonzosa, participación de Chile como país anfitrión.

3. BAJO UNA CULTURA DE ABUSOS

28 de junio, 2019

Frente a la seguidilla de abusos eclesiales, se nos impone una palabra en tanto creyentes y en cuanto ciudadanos inmersos en espacios políticos y sociales. Es imposible no sentir un visceral rechazo ante lo que algunos han denominado una cultura de abusos. No cabe duda de que algo de ello ha ocurrido y sigue ocurriendo.

Hace tiempo, quizás ya demasiado, que la ciudadanía y la “feligresía” están siendo víctimas de formas abusivas de ejercer la autoridad. Es sorprendente cómo Foucault ha vuelto a aparecer en librerías, bibliotecas y conversaciones académicas. No en vano, el tema del poder sigue siendo un problema. O, mejor dicho, se ha constituido en el problema.

Para Foucault, el poder permea todas las esferas sociales y, por extensión, las eclesiales. Con las diferencias propias de cada institución, el poder eclesial se manifiesta en una tensión compleja y, por ello, difícil de abarcar, al menos hasta hoy. Una tensión entre obediencia, como acto de fe, y libertad. Una tensión entre el deber y el poder-hacer, entre la censura y la liberación.

El discurso cristiano es uno de libertad y el mensaje de Jesús solo habla de ello, invitando al creyente a “vivir la libertad de los hijos de Dios” (Rm 8, 21). Sin embargo, el discurso no pocas veces se topa con un ejercicio autoritario del poder, apelando a la jerarquía, títulos y la responsabilidad de las autoridades. Libertad opacada, libertad consumida, libertad pisoteada.

Cuando la autoridad denigra, maltrata, humilla, silencia, ironiza o avergüenza a sus hermanos y hermanas, se incurre en abuso. Duelen, asombran y entristecen abusos que adoptan ribetes de tortura física, psicológica y sexual, mecanismos foucaultianos de poder opresor sobre los cuerpos.

Si la Iglesia –al menos en su intención y declaración– no tiene nada que ver con aquello, entonces, ¿cómo es posible que lleguen a acontecer destrucciones y atrocidades de tal magnitud? No olvidemos, también, que hay abusos vinculados a una posición socioeconómica y de estatus privilegiado. Lujos, buenos restaurantes, derroches y viajes al extranjero, sin ningún cuestionamiento ecológico ni mucho menos de austeridad. Estos abusos ocurren a vista gorda de la comunidad, muchas veces revestidos de “necesidad pastoral” –es indispensable un nuevo vehículo– o simplemente “personal”, es parte de mi formación.

No es nada de raro que dentro de una cierta jerarquía “cada uno haga lo que le plazca”. En otras palabras, convivimos en la Iglesia y en nuestras comunidades en una tácita red de abusos, una verdadera cultura. Botón de muestra son expresiones tales como “siempre se ha hecho así” o “nunca vimos nada”. Es lógico no ver el agua cuando se está sumergido en ella.

No son pocos y pocas los que levantan su voz contra esta cultura venenosa, llamando a la conciencia y la desobediencia si fuera el caso, invitando al empoderamiento “laical” y a una acción comunitaria autogestionada, sin imposiciones episcopales o parroquiales. Esto está ocurriendo, aunque aún a poca escala. Mientras escribimos estas líneas, la señora de la parroquia sigue voluntariamente teniendo que limpiar los pañitos de la capilla y aceptando los retos del cura si no quedaron bien doblados. Muestra lamentable de la “microfísica del poder”.

Por otro lado, de parte de la curia se invita más bien a la comunión, es decir, a no ser muy críticos o densos, a la confianza en que las cosas están mejorando –mientras futuros obispos aparecen con discursos añejos y, nuevamente, abusivos contra la mujer– y se llama a las víctimas a acercarse, cuando no se muestran reales gestos de conversión eclesial y las confianzas siguen destruidas.

La cultura de abusos no se supera con una conversa fraterna ni con la elección de una buena persona para servicios de autoridad eclesial. Lo que hay –y si queremos seguir a Foucault– es un aparato, un dispositivo, una estructura, con sus engranajes, burocracia implícita y explícita, redes, lobbies, que permiten y –como muchos han logrado ver y nos han ayudado a ver– promueven y alimentan dicha cultura.

Los abusos no se generan solos, detrás de ellos hay todo un aparataje, insistimos, revestido de sacralidad o republicanismo (“La Institución”), que mantiene al abusador abusando y al abusado sobreviviendo. Y a veces ni siquiera.

Parte del engranaje es el temor. Y con esto quisiéramos terminar, el temor pintado de religiosidad es el más peligroso. Los fieles aún le temen al párroco, este –aunque no lo confiese– le teme al obispo y él, probablemente, le teme al papa y a todo lo que pudiera pasar si no hace lo que se espera que haga. El temor lo impregna todo. Los jóvenes, respetuosos y bienintencionados, temen que se les cierren las puertas de la pastoral y los adultos temen que se les critique su actuar evangelizador. El profesor de teología teme que se le vigile o censure y, en el extremo, que se le acuse de haber dicho herejías en contra de la fe. El caballero que cuida la parroquia teme equivocarse, pues en este caso podría quedarse hasta sin hogar.

El temor es como el aceite de los engranajes, está ahí, sigiloso, moviéndolo todo. Engranajes que son voluntarios y por tanto no fiscalizados, que se necesitan, pues no hay filas de interesados e interesadas en ser catequistas, agentes pastorales, seminaristas, religiosas o curas. El pacto necesidad-abuso –muy bien denunciado y denominado perverso por el teólogo benedictino Simón Pe-

dro Arnold, refiriéndose a los seminarios del altiplano peruano que reclutan futuros curas entre los niños de pueblos y familias pobres a cambio de educación, salud y posibilidades de ayuda a sus familias– funciona a la perfección.

Karadima era el rey en ello. Poblete y su hipocresía, no se quedan atrás (“es que el Hogar de Cristo ayuda a tantas personas”). Los dobles discursos, dobles vidas y falsas imágenes solo son posibles si se convive en una fuerte red de encubrimiento. En un enjambre que prefiere mantener y cultivar el poder –estatus, privilegios e influencias– antes que acoger a las víctimas. La defensa corporativa parece más importante que las enseñanzas de Jesús de Nazaret. El poder abusivo se defiende, por sobre personas y rostros desfigurados por esta misma cultura. Triste es constatar que, en pequeñas y enormes escalas, gran parte de la maquinaria funciona así. Replica lo que ha aprendido.

Por ello, la cultura de abusos no cambiará –y no lo hará– hasta que por un lado dejemos de meterle aceite y, por otro, nos atrevamos a modificar las piezas del engranaje y la forma entera de la maquinaria.

4. **TEOLOGÍA POLÍTICA DE LA DERECHA**

30 de julio, 2019

La política sigue llamando a la ética. La necesita para legitimarse y validarse frente a la ciudadanía. Esto que parece evidente, en la práctica y en las prácticas no lo es. Ciertas formas de hacer política usan métodos que no pasarían el escrutinio del más común sentido ético. En una columna anterior aludimos a valores y sensibilidades necesarias y, dado el contexto en que vivimos, urgentes. Hablamos de la compasión y del cuidado. Sin duda podríamos referirnos a otras virtudes que la política ha ido dejando “en carpeta” debido a parámetros impuestos y visiones hegemónicas supuestamente incuestionables.

La Teología Política contextual, aquella preocupada de los movimientos sociales y de los empobrecidos, aquella que se elabora como pensamiento propio en América Latina, ha tenido que enfrentarse a formas, prácticas y sistemas políticos diversos y, allí, ha intentado colocar una visión humanista y personalista en la discusión. Visiones, sin duda, debatibles. La política actual sigue interpelando a la propia política. Planteando las preguntas de fondo: ¿Qué maneras? ¿Qué institucionalidad? ¿Para qué y para quiénes? Nos interesa justamente volver sobre esas cuestiones.

Pareciera que desde la derecha nos gobiernan políticas de maximización, donde los números priman por sobre la colectividad. Enunciados que no se cansan de declamar la libertad individual y los máximos beneficios, sin explicar ni especificar cuáles son ni los costos necesarios para llevarlos a cabo. Premisas sobre premisas. ¿Acaso la persona concreta, con sus problemas y esperanzas, no ha desaparecido? ¿Acaso no nos hemos escudado, una y otra vez, detrás de datos, cifras, ingresos y discursos?

Dicha Teología Política no ha cesado de buscar ese rostro humano y defenderlo a toda costa. Sus documentos, de hace décadas y los más recientes, repiten una y otra vez, el horror de la devastación, el olvido de los pobres y denuncian políticas donde la solidaridad, el compartir y la entrega no poseen lugar. La “libre competencia” ha devorado prácticas sociales y políticas públicas ligadas a la donación, entrega y renuncia. Temibles palabras que no son comprensibles fuera del ámbito de lo privado. Podría resumirse en un: “dentro de su casa sea generoso, pero en la esfera pública sea competitivo”. Sin embargo, líderes como Clotario Blest o Anita González, dijeron y mostraron todo lo contrario. Una vida con sentido va mucho más allá del mercado, la ganancia y el éxito.

Vivimos en una mesa coja. Los nuevos -que nunca son realmente nuevos- discursos políticos de derecha extreman posturas altamente peligrosas. Como un círculo cerrado, las ideas que sustentan dichos discursos, no dejan entrar; no acogen, no conversan. No son discursos, son exhortaciones. No nos hablan de proyectos, sino de agendas. No animan a lo nuevo, sino que buscan restituir la tradición y el poder. Son discursos de domesticación. Y pareciera que los interlocutores somos sus mascotas. Se trata de una domesticación a través del miedo y de la incertidumbre. Algo de ello fue el “chilezuela” que triunfó. Algo de eso hay en los discursos políticos domesticadores de Trump, de Bolsonaro, de VOX en España y de José Antonio Kast, en Chile.

Frente a nubes del no-saber y de la escalada de lo violento y descontrolado; aparecen los héroes del orden. Aquellos que, con sendos artilugios -mano dura- y lenguajes novedosos -performances públicas y neopopulismo religioso- prometen lo que no hemos podido, como sociedad, lograr. Una estabilidad económica y una seguridad ciudadana. Promesas retóricas y ambiguas, ya que permanecen en lo abstracto, de nuevo. Seguridad, ¿Para quienes? Estabilidad económica, ¿Para quienes, donde, para hacer qué? Esas promesas, que por lo demás no son sostenibles ni sustentables desde la perspectiva ecológica o, incluso, moral; quieren situarse en la agenda por sobre la justicia eco-social, la igualdad de oportunidades y de género, la educación de calidad para todos y una salud digna.

Políticas conservadoras que de a poco van dejando traslucir sus aprioris religiosos. Su teología política de derecha. Pero, talvez, y ahí hemos sido ingenuos, se trata más bien de artilugios y artimañas del poder; banderas que sumar para escalar posiciones y ganar adherentes.

Dicho de otro modo, que Bolsonaro aparezca con una polera que dice “Jesús 2019”, junto a grupo de pastores en una Marcha Evangélica o que José Antonio Kast repita varias veces (twitteándolo también) que no fue a celebrar el triunfo de Piñera porque prefirió ir a dar gracias en una Misa; no son confesiones creyentes, sino políticas; no corresponden a bienintencionadas manifestaciones espirituales, sino a “bienintencionados” recursos políticos. Dios acompaña a Kast, así que él camina de Su mano benévola. Nada nos puede faltar. En realidad, y hay que explicitarlo; estas políticas neo-conservadoras tienen muy poco de teología. No construyen un proyecto político de raigambre cristiana, sino al revés. Valiéndose de slogans neotestamentarios (como la defensa de la familia; ¿Cuál? ¿De quiénes? ¿En base a qué?), buscan posicionarse en esferas del poder político, para desarrollar figuras y movimientos, que poco o nada tienen que ver con el servicio, la justicia y la fraternidad. Sus prédicas son mas similares a dictámenes de un juez, que a palabras y silencios propios de quién está a la mesa como el que sirve. Y qué importante es decirlo, pues la figura del juez no tiene nada que ver con lo cristiano. Jesús mismo se alejó de esta figura (Mt 7, 1; Jn 3, 17) anunciando misericordia y la “otra mejilla”. El cristianismo no se trata de emitir juicios ni sentarse en el sitial del juez. Jesús, explica sucesivamente que su mensaje habla de inclusión (de todo lo diverso y distinto) y no de veredictos o tajantes imposiciones sobre el otro. ¡Cuánta distancia de discursos de odio, de mensajes violentos y promesas nacionalistas!

Y eso no lo hemos sopesado con la seriedad debida. Una falsa inocencia se deja entrever en estos discursos y prácticas. Una especie de ignorancia divertida (como en el Lavín de las playas artificiales en el centro de Santiago). Ingenuidades comunicacionales que más bien constituyen una estrategia. Una estrategia tan buena que tiene a Trump y Bolsonaro liderando pueblos y encauzando historias. No olvidemos que el lenguaje crea realidad y el poder produce lo real (Foucault). Estrategia que alimentan -torpemente- las piñericosas. ¿Acaso no son divertidas? Son tan divertidas que olvidamos que son reales y nos gobiernan. Nuevas estrategias, a partir del espectáculo, la “torpeza”, el “error involuntario” (sic), para domesticar conciencias y apaciguar fuerzas sociales. Una teo-política de lo ridículo.

Otro de los aprioris inmutables para estas elucubraciones discursivas es la propiedad privada. Lo complicado aquí recae en lo segundo más que en lo primero, a saber, en lo privado. La cultura de lo privado, pues abarca bastante más que lo económico o jurídico; se expresa en términos existenciales. Lo mío vale más que lo nuestro. Lo propio es más importante que lo tuyo. Nuevamente, no debemos ser ingenuos; la libertad y la autonomía del sujeto son grandes conquistas de la modernidad. Sin embargo, desde una perspectiva ecológica y social, han sido exacerbadas y absolutizadas al punto de tener a millares en la miseria, de generar lo que Achille Mbembe llama una “necro política”, aquella versión de la política neoliberal y neocolonial, cuyo subproducto es la muerte. Muerte económica para millones esclavos de la deuda, muerte social de pueblos enteros sumidos en la pobreza y abandono, muerte ecológica de la biodiversidad, frutos de un extractivismo sin conciencia. Muerte de ecosistemas denominados y apuntados como zonas de sacrificio.

Vale la pena distinguir pues no todo es consecuencia de conceptos o ideas. La vida en sociedad no es simple ni simplista; pero, sin duda, debemos estar alertas a cierta utilización y manipulación religiosa a favor de constructos políticos inadecuados, intolerantes y anquilosados en esa también peligrosa ecuación entre el poder económico, el poder político y el poder comunicacional. No debemos cansarnos de hablar de solidaridad, de justicia, de paz social, de diálogo, de debate público, de participación ciudadana, de donación, entrega, cuidado, hospitalidad y equidad en todos los aspectos. No podemos construir política y sociedad desde el odio y el espectáculo. Ello solo continuará alimentando esa “necro política”.



5. **TEOLOGÍAS DE LA LIBERACIÓN Y UNA POLÍTICA COMPROMETIDA**

26 de agosto, 2019

Nos hemos propuesto escribir sobre la Teología de la Liberación (TL) y su relación con un proyecto político transformador. Para algunos puede sonar añejo, para otros, extraño en tiempos de secularización, laicismo y crisis de confianza institucional. Sin embargo, y como lo hemos expuesto en otras columnas, lo espiritual impregna a lo político, lo estimula e inspira, lo alimenta de valores y moviliza desde el interior de la persona y colectivos.

En Chile, así como en el resto de América Latina, la TL sigue muy viva; en cuanto pensamiento y praxis, se lleva a cabo en comunidades de base, en pequeñas capillas de barrio, en círculos de estudio, movimientos sociales y acciones socio-políticas y culturales llenas de vida y creatividad. Ni la censura ni modificaciones ni decretos ni una cierta política vaticana, en su tiempo, consiguieron opacarla o eliminarla. ¿Por qué? Por dos razones muy sencillas, porque la TL es profundamente bíblica; es decir tiene sus raíces en los gestos y palabras de Jesús y la historia del Pueblo de Israel. Y segundo, porque encuentra su sentido en la liberación de los pueblos empobrecidos y marginados, es decir, es fundamentalmente social y humana.

Hoy debe conjugarse en plural. Hay teologías de la liberación y ellas responden a proyectos sociales y espirituales que promueven la liberación integral del ser humano: teología india, teología feminista, eco-teología, teología afro, teología queer... Uno de sus fundadores, el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez decía: "los verdaderos problemas de la liberación de los pobres en América Latina son su vida concreta, su hambre, la educación de sus hijos, su derecho a la vida". Eso lo decía el año 86. Hoy no estamos muy lejos de ello; incluso, y tristemente, tendríamos que agregarles más aspectos a dichos problemas: narcotráfico, discriminación, salud, migrantes, sequías, corrupción, ecología... Las teologías de la liberación buscan pensarse y entenderse como un movimiento político y espiritual preocupado por las condiciones indignas e inhumanas de miles; acompañando, luchando y compartiendo junto con todos los que padecen estas injusticias. Por eso es posible entenderla en plural y vinculada a las causas por una vida plena.

¿Qué tiene que ver eso con la política? Pues todo. Las TL al estar preocupadas por la reinante injusticia y al encontrarse cimentada en la esperanza -y esto es uno de sus pilares distintivos- es un tremendo insumo para complementar una política que se piensa y entiende también desde allí: como camino para una vida mejor. Como propuestas para una vida en común sostenible, fraterna, justa y en paz. Como una praxis social donde se disputa el poder a partir del diálogo, la escucha, los acuerdos. Un quehacer político en vistas del derecho y la justicia estará emparentado con las TL. No

se trata de especulaciones, sino de una vinculación real con los que sufren, con los que -también en palabras de Gustavo Gutiérrez- hoy llamamos “insignificantes”. Los que no importan o no interesan, los “sacrificados” por un sistema capitalista -y no solo aquel- que ha olvidado el rostro del hermano.

Las TL han expresado esta intuición fundamental como una “opción por los pobres”. Por eso la pregunta interesante es ¿Cómo hacer política desde una opción por los pobres? ¿Cómo pensar el que-hacer político desde los pobres e insignificantes? Puede ser que no sea tan novedoso hacérsela, porque la política justamente lo que busca es entenderse desde allí. La vocación al servicio público no es otra que aproximarse a los problemas concretos de los ciudadanos. Sin embargo, nada es tan simple e ingenuo. La opción por los pobres conlleva una transformación humana muy profunda. Y por lo mismo, una transformación social y política. No es asistencialismo ni paternalismo, tampoco una acción bondadosa en pos de los más pobres. Se trata de un verdadero proyecto que implica ver las cosas de otro modo, entendernos como sociedad desde otro foco, acoger al otro con una mirada distinta. Desde la opción por los pobres no caben políticas de expulsión de migrantes ni maltrato a estudiantes, no tienen lugar las zonas de sacrificio ni el incumplimiento estatal de acuerdos medioambientales; de ninguna manera caben acciones militarizantes ni policiales para atender problemáticas sociales.

Las TL quieren hacerse cargo de “ese mundo donde quepan muchos mundos” y la política es uno de sus canales y herramientas principales. Es allí donde construimos justicia y democracia; es allí donde nos comprendemos en tanto co-habitantes distintos y diversos. Mientras en Chile haya marginación y miseria, falta de oportunidades y una política económica del endeudamiento; mientras se asesine a una mujer o a una persona por su condición y orientación sexual, mientras el pueblo Mapuche sea estigmatizado, criminalizado y no reconocido como sujeto ni validado en su dignidad; mientras multipliquemos el trabajo injusto y la educación no la entendemos como un derecho social y la posibilidad para democratizar nuestra sociedad; entonces las TL siguen teniendo lugar y razón de ser. Ellas aspiran a desaparecer, sin duda; pero continuarán porfiadamente proponiendo otras formas, nuevas maneras de pensar y hacer política -lejos de tendencias oligarcas y patronales- cercanas a los sencillos e insignificantes.

Detrás de todo pensamiento o visión del mundo hay una visión del ser humano, una antropología. Las TL sin duda poseen la suya. Una antropología cristiana según la cual el ser humano es valioso, bondadoso y digno de respeto y cuidado. Esta visión humanista contribuye a generar una política centrada y concentrada en la persona y sus procesos, en la persona y sus contextos, en la persona y sus condiciones históricas y medioambientales. Por eso, el humanismo cristiano es también una praxis política: todo lo humano le interesa.

Por último, destacar un aspecto interesante de las TL: son un pensamiento hecho en casa, en estas laderas del sur del mundo. En ese sentido forman parte de una riquísima y mucho más amplia tradición del pensamiento latinoamericano. En una interesante discusión con un teólogo político

alemán (JB Metz), Gustavo Gutiérrez le reclamaba que aquí no nos preocupa tanto el problema del mal, como discusión metafísica: ¿Por qué existe el mal en el mundo?, sino el hambre y la miseria, las múltiples injusticias, violencias y las muertes cotidianas: ¿Por qué estamos perpetuando la desigualdad socio-económica?, por ejemplo.

Pensar desde América Latina, desde las calles de Medellín, las comunidades en la Amazonia, los campos mexicanos, los márgenes de Santiago, la zona de sacrificio de Puchuncaví y Quintero o Petorca y la crisis por la violación al derecho humano al agua; es muy distinto. Las TL son contextuales, situadas, particulares; no aspiran a discursos englobantes ni totalizantes; sino al rostro singular de la persona (y la tierra) que sufre. A ella quiere responderle y, desde la política, con ella, quiere construir ese mundo habitable, sostenible y posible.



6. EL GRITO ECOLÓGICO

25 de septiembre, 2019

Desde hace más de medio siglo -y probablemente deberíamos datarlo a partir de los sistemas de producción industrial (1800)- se ha sumado un grito preocupante: el de la tierra. En América Latina son varios los autores y autoras que nos alertan y ayudan a mirar con lucidez la crisis socio-ambiental actual. Uno de ellos es el teólogo Leonardo Boff, destacado pensador brasileño y prolífico autor, que nos ha visitado varias veces en nuestro país. Para Boff la situación es catastrófica. Sin embargo y dada su fe cristiana, la esperanza se mantiene firme e incontestable. La ecología política, la justicia ecológica, las luchas medioambientales, la emergencia climática y todas las iniciativas de la sociedad civil (reciclaje, alimentación, desechos, educación ambiental, intervenciones artísticas, organización popular...) nos ayudan a luchar contra este titán. Sin embargo, hay un par de discusiones que nos hacen falta. Una de ellas tiene que ver con un radical cuestionamiento del sistema capitalista neoliberal. La segunda, con las nuevas formas de coexistencia necesarias para no repetir la hecatombe.

Lo primero debe alertarnos respecto de la economía, de la forma en que hemos desarrollado y organizado el trabajo, los medios de producción, las premisas con las cuales pensamos el progreso, etc. De ello hay diagnósticos críticos. Pareciera que esas discusiones, muchas veces entre intelectuales, no llegan a permear la vida cotidiana de la sociedad. ¿De qué nos sirven grandes y profundas discusiones si las familias de las quebradas de Valparaíso siguen viviendo en la pobreza e inseguridad? ¿Qué se espera del debate en torno al desarrollo sustentable, si ni siquiera sabemos lo que queremos desarrollar? ¿Hasta cuándo vivimos como si todo dependiera del empleo y la seguridad, mientras la crisis hídrica se agudiza de forma alarmante y territorios confinados al sacrificio humano continúan acentuándose?

Boff no cae en la ingenuidad de los parches. Nos invita a pensar y detenernos en la herida. Si estamos en guerra contra la naturaleza, es necesario entonces pensar e imaginar escenarios en donde la relación no sea tal. Ello implica pensar lo humano. El lugar de los humanos en el mundo, la praxis social y política, y la vida en sociedad. Implica pensar en la relación profunda que hoy está herida y genera zonas de sacrificio, privatizaciones de bienes comunes (como el agua), prácticas injustas, deshumanización, miseria, enfermedades por contaminación, entre otras cosas. ¿Cómo pensar otros escenarios posibles? ¿Cómo no realizar todos los esfuerzos necesarios para realmente buscar las alternativas urgentes? Esto no es un trabajo sólo para algunos.

Boff habla de generar una “nueva alianza” con el planeta. Y de soñar y comenzar entre todos la construcción de una “democracia eco-social planetaria”. Cuando oímos esto, podemos creer que aún hablamos de ficciones, de conceptos salidos de literatura fantástica. Pero no, justamente se

trata de atrevernos a pensar lo impensado. Porque lo que hace poco parecía imposible es lo que estamos viviendo como civilización. El grito ecológico exige una nueva cosmovisión, una nueva sociedad, una nueva alianza con la naturaleza que somos, una nueva autoconciencia de lo humano. Esa “nueva alianza” no es otra cosa que reconstruir el vínculo con lo que nos rodea. Vivimos vidas desarticuladas, desmembradas, des-ligadas. Y se nos habla de re-ligar, volver a aquello que nos humana y hermana.

Una de las propuestas éticas que se nos imponen tiene que ver con la “ética del cuidado”. El cuidado puede y debe permearlo todo: nuestras relaciones sociales y medioambientales. Es prevención, precaución, protección (las “tres P”). ¿Cómo comenzar a aplicar y asumir prácticas referentes al cuidado? ¿Cómo pensar la política como la administración del cuidado necesario entre los ciudadanos y con la tierra? ¿De qué formas el cuidado puede contribuir al urgente pacto eco-social?

Pascal se preguntaba ¿qué es el hombre en la naturaleza? Y respondía: “Una nada respecto del infinito, un todo respecto a la nada, un punto medio entre la nada y el todo. Igualmente, incapaz de ver la nada de que ha salido y el infinito en el que está inmerso”. Allí estamos, allí nos encontramos; en ese infinito que frente al todo parece nada. Invitados a redescubrir el valor de la admiración por el otro y por la naturaleza, el valor de la reverencia y de la confianza; la fuerza del cariño y la compasión.

Urge narrar la crisis de otra forma, de manera no paralizante y sí provocadora de acciones y movilizaciones ciudadanas concretas, ágiles y permanentes. La conciencia de un ecodidio debe generar un “trauma catalizador” de políticas públicas y transformaciones responsables respecto del medioambiente.

La ética del cuidado socio-ambiental nos sitúa en responsabilidad frente al desastre irreparable y nos permite ver el estado de degradación de lo no-humano.

Para Boff la dimensión espiritual es fundamental, consiste en reencontrarnos y redescubrir una cierta veneración respecto de la naturaleza, un profundo asombro y fascinación. Sin embargo, nuestros tiempos nos exigen e invitan a restaurar una referencia trascendental del mundo, sin postular fundaciones metafísicas o meramente teológicas.

La pregunta pertinente es ¿Cómo analizar y debatir sobre lo que aún no conocemos? ¿Cómo generar políticas públicas de lo que ignoramos? Sin duda es posible, en la medida en que asumamos la urgencia y emergencia actual y en que acojamos las “tres P” de la ética del cuidado ecológico: protección, prevención y precaución. Es interesante y relevante comenzar a adquirir una nueva conciencia planetaria en tiempos de crisis. A eso nos referíamos con “otras maneras de narrar el presente degradado”. Narrativas, lenguajes, historias, que nos permitan acoger e incorporar lo tóxico, lo desagradable, los límites, la extinción de especies, lo irrespirable y la pérdida. No por un afán masoquista o negativista, sino porque ese es el mundo. Allí seguimos decidiendo permanecer y vivir. No en mitos verdes o nostalgias de edenés perdidos. Este mundo incómodo y crítico -que grita quejándose- es el que en cada mañana escogemos vivir, amar y esperar.

7. UN NUEVO PACTO “CON” EL AGUA

14 de enero, 2020

No nos cabe duda de que un “nuevo pacto” es necesario entre la ciudadanía y la naturaleza en la diversidad de territorios que nos constituyen y en donde nos construimos en tanto personas y pueblos. En esta columna nos interesa referirnos al agua y aportar a la reflexión política y social desde otro ángulo. Una aproximación que nos permita ampliar la mirada y profundizar en un contexto propicio -el proceso constituyente- para generar otras prácticas y otras políticas del agua. Pues, como decía el poeta francés Paul Claudel: “Todo lo que el corazón desea puede reducirse siempre a la figura del agua”.

Entendemos al agua como mucho más que agua. El debate actual sobre el agua como derecho humano y bien común la sitúa en otra categoría, más que la simplemente material. El agua es vida, nos habita. Estamos llenos de ella. Nuestro planeta es en su mayoría agua y cuando nos encontramos en medio del océano, se nos recuerda nuestra pequeñez e insignificancia. El agua que puede ser tan pequeña como gotas de rocío, salvaje como las olas incontrolables y majestuosa en un glaciar. En muchas culturas, nos bautiza, nos renueva y purifica. Con el agua conformamos una comunidad ética. No exageramos. Establecemos un vínculo con ella del orden de la ética: justo, bueno, bello, saludable, necesario, mutuo. El agua debe ser cuidada, favorecida y celebrada. Esa comunidad ética humanos-agua debe ser comprendida como un bien. No solo el agua, en tanto materia/sustancia es un bien necesario; sino que la comunidad hace bien, nos engrandece y transforma. Somos lo que somos porque hay agua. ¿Y la política? En Chile, de algún modo, esa relación ética ha sido mercantilizada, usurpada por algunos y manipulada a partir de cuestionables estándares éticos. Rodrigo Mundaca, vocero de Modatima, premiado en Nuremberg hace algunos meses por su defensa de los DDHH, y amenazado cobardemente a su regreso a Chile, nos ha enrostrado incansablemente el costo y aberración del Código de Aguas de nuestro país; denunciando los intereses económicos que lo sustentan.

Esta misma semana seguimos siendo testigos de una comprensión neoliberalizada del agua, al rechazarse en el Senado la idea de legislar una reforma constitucional que consagra el agua como derecho humano y bien de uso público. La comunidad ética ciudadanía-agua tiene dueños. Y esos dueños, distribuyen, cortan, entregan, administran y deciden que se hace con el agua. Para quiénes y cuánto. Y como si fuera el colmo, nos impelen a racionalizarla en breves duchas o tragos cortos.

Vale la pena detenerse y reflexionar más allá de lo económico, pues el problema subyacente es ético y político. ¿Es posible vivir en estas condiciones cuando el acceso al agua está mediado e interveni-

do por privados? ¿Acaso no es tiempo de reconstruir el vínculo y alianza pública con el agua? ¿No vale más una comunidad de familias, niños, animales, un ecosistema, que una plantación particular de paltos? Si los paltos se secan, ¿quiénes se ven afectados? ¿Quiénes mueren? Sírvanos como botón de muestra la situación de los crianceros de Putaendo, la realidad de Petorca, o la larga lucha por la defensa del río Maipo.

Puede parecer que estamos confundiendo niveles o mezclando escalas de análisis: el mar y el agua de nuestros hogares; un regadío de paltos y los ríos que corren por el sur. Permítannos decirles que de eso se trata, precisamente. El filósofo y ecólogo británico Timothy Morton, entre otros, nos instan a pensar en multiescalas, es decir, pensar en el río y el agua que llega a la casa, al mismo tiempo. Afirma, Morton, que uno de los problemas de la crisis ecológica tiene que ver con el aislamiento o particularismo a la hora de entender los fenómenos medioambientales. Debemos entenderlos más bien como procesos, relaciones y movimientos. Lo que nos debe preocupar no es solo si tenemos agua en nuestra cocina, sino cómo ella circula y seguirá circulando; y de qué forma establecemos vínculos (grandes y pequeños, personales y colectivos) con cada fenómeno y agente del medioambiente. Hablar del agua no es, entonces, solo hablar de sequía o del borde costero. Es eso y toda la red de relaciones que a partir de ello se desprende. Debemos entender los fenómenos desde lo macro y lo micro, desde lo lejano y lo cercano, lo amplio y lo específico, desde lo propio y lo ajeno. ¡Incluso más! Desde lo humano y lo no-humano. Desde las múltiples relaciones que se establecen y lo que de ahí fluye, se genera y reconstruye.

Sin duda el agua es más que agua. Pensar en nuestra relación con el agua es trabajar para superar las relaciones capitalistas con ella. Es reestablecer una relación de cuidado y respeto y cultivar una experiencia de otro tipo: de alianza/pacto. En especial con el agua dulce, dada “su supremacía”, como afirma genialmente Gastón Bachelard. La crisis hídrica y eco-social viene a urgirnos en dicha transformación; viene a alertarnos respecto del tiempo y a empujarnos de una vez a la elaboración de políticas públicas necesarias e inteligentes. Ojalá, políticas públicas multiescalares -que se entienden y piensan en estas redes e interacciones y situadas, es decir, que respondan realmente a los desafíos de cada contexto. ¿Sería mucho pedir que el proceso constituyente se proponga la tarea de generar otras relaciones con el agua? No puramente comerciales (el agua como recurso), no materiales (el agua como objeto), no personalistas (el agua como bien privado), ni mucho menos alienantes (“no me importa el agua”).

En este año histórico para nuestra democracia el agua debe ser un punto central, pues necesita ser redemocratizada. Si la entendemos en cuanto bien común y derecho humano (ONU, 2010) ¿Cómo podemos establecer ese pacto personal y ciudadano, público y espiritual con aquello sin lo cual no es posible la vida?

Nombramos a los ríos y lagos, generando un vínculo; como si en esa “apropiación” del agua pudiéramos entenderla, aprisionarla. Los y las llamamos, con género. Y no es de sorprenderse que en Chile todos los ríos posean nombres masculinos; salvo alguna excepción. No así en otras lenguas, como el francés: La Sena, la Saona. La lengua dice mucho de cómo nos relacionamos con la naturaleza y lo no-humano. El nuevo pacto ético-político con el agua debe instarnos a incluir otras preguntas y dimensiones a la hora de elaborar políticas públicas y un ordenamiento territorial de los ecosistemas.

Sería irresponsable perder la oportunidad de redescubrir el agua como sujeto relacional, como un otro que posibilita la vida y a partir de ello, por ejemplo, comprender los lugares en disputa hídrica y donde el agua configura relaciones, una economía, políticas, discursos, prácticas sociales e imaginarios (espirituales), como territorios hidrosociales. Ello permitiría focalizar estas zonas y tratarlas de manera particular generando políticas públicas concretas que atiendan y respondan a las necesidades de la comunidad eco-social, reconozcan a los diferentes actores presentes y que se pueda combatir, denunciar y acabar con la irregularidad de las prácticas hídricas de privados, empresas y grandes propietarios. El nuevo pacto de la comunidad ética sociedad-agua debe ser construido como ciudadanía, desde hoy, en vistas de ese Chile que esperamos.

8. ESE ÍDOLO NEOLIBERAL CHILENO

5 de febrero, 2020

No es raro que las sociedades se otorguen ídolos, ideas fijas y absolutas que se elevan como verdaderas deidades. No nos cabe duda que la crisis de civilización es también una crisis ética y espiritual. Pero hay que ser justos, ¿Alguna vez no lo ha sido? ¿Alguna vez no la ha habido? Toda sociedad busca sus formas de convivencia que le permitan sostenerse, respetarse y comunicarse.

Si nuestra sociedad, desde el siglo XVIII con el advenimiento del Estado-Nación ha construido caminos de desarrollo, crecimiento y democracia, estas han estado cimentadas sobre el poder de unos pocos. Mejor dicho en base a intereses, ideas y aspiraciones de una élite. Una primera discusión puede llevarnos a debatir quiénes y cómo se deben administrar los bienes de todos. Y otra discusión debe conducirnos precisamente a esas verdades absolutas, hacia aquellas deidades con las cuales convivimos en lo rutinario de nuestro quehacer. Es decir, al sentido, a lo que mueve y sustenta nuestro actuar, nuestro querer y nuestros deseos.

Un pequeño ídolo que circula y hoy -en el Chile que sigue despertando- se defiende con garras, es el modelo capitalista neoliberal. Definirlo ya es problemático, pero digamos que se ramifica en una praxis cultural basada en el consumo, en una práctica ética basada en el crecimiento (económico por sobre los demás) y en una veta individual, expresada como meritocracia, individualismo y existismo. Sin duda esto es más complejo, pero es posible leer opciones políticas, leyes, distribución de los bienes, comprensión de los derechos fundamentales... desde esta triple armazón: yo, mi prosperidad y mis posibilidades de acceso. Este pequeño dios inamovible fue lúcidamente amarrado en Chile en la Constitución de Jaime Guzmán en 1980. Pero la excede. Aspectos psicológicos y culturales han ido permeando instituciones (políticas, religiosas, policiales, familiares, educacionales) dándole a ellas -¡y a nosotros!- un formato que se identifica con este dios neoliberal. Bendice a los que progresan y tienen éxito y castiga a los que no han logrado surgir. Bendice con la luz de las ideas a los poderosos mientras mantiene en la ignorancia a pobres y endeudados. Este dios creado a imagen de la élite gobierna y administra no solo nuestra educación, sino también nuestra salud y vejez, nuestro ocio y nuestros sueños comunitarios y ecológicos. Lo engulle todo, como un verdadero monstruo, penetrando el tiempo familiar y la libertad personal.

Una convención constituyente u otro mecanismo de escucha y deliberación colectiva y expresión de las individualidades, no cabe duda que nos hará bien como pueblo. Nos permitirá increpar a ese abusivo y violento ídolo. Nos dará la posibilidad de expresar otros valores, los ineficaces para ese dios, los mediocres y flojos, los que probablemente sitúan en un lugar preponderante al Tú y al

Nosotros en la ecuación tan defendida por él. Una ética donde la solidaridad es superior al miedo, lo colectivo y cooperativo más eficaz y sustentable que lo propio y privado. Pero debemos ser astutos, ningún decreto nos enseñará a amar, ningún mandato ni político ni religioso nos hará respetar al migrante y acoger al hermano encarcelado. Ello se forma, se cultiva, se aprende en el camino. Ello emana de una profunda ética humana y de una espiritualidad. El amor expresado en respeto, hospitalidad, compasión, cuidado y diálogo se forma con otros y otras, se enseña y se demuestra en prácticas concretas. Lejos, muy lejos de méritos y logros individuales. En el caso extremo y en palabras simples, sacarse la comida de la boca para dársela al hambriento es el acto contracultural y contraneoliberal más sublime que podemos realizar. Cualquier mecanismo que nos acerque a ello vale la pena.

En el Chile que se avecina urgirá el debate, el diálogo y por sobre todo, los resultados. Sin cambios, sin profundas transformaciones en ese ídolo que no tiene nada de invisible, el proceso, las muertes, los atropellos y la lucha, pueden devenir en una peligrosa frustración. Es tarea de todos, de las instituciones y de los colectivos ciudadanos, de las personas, empresas, trabajadores e intelectuales, entrar en el proceso constituyente con una mirada amplia y un corazón generoso; con una profundidad humana que nos permita dar los pasos y vivir los procesos que nuestro pueblo necesita y espera.



9. ¿EL REGRESO DE LOS ANIMALES?

5 de abril, 2020

Unos elefantes que explorando sembrados de maíz en Wuhan terminan durmiendo a causa del alcohol, cientos de peces nadando por los canales de Venecia, una inmensa cantidad de monos corriendo por las calles de Lopburi en Tailandia, hermosos pavos reales paseando por una pequeña calle en Madrid, un puma en el sector oriente de Santiago. A pesar de que algunas de esas noticias no sucedieron tal y como fueron compartidas, hay algo interesante y novedoso en ellas que nos gustaría reflexionar.

El virus no es solo muerte. La situación global respecto del coronavirus nos ha dado vueltas por completo. La pandemia puede enseñarnos muchas cosas y develar egoísmos y mezquindades. Ya lo está haciendo.

Según el particular filósofo y psicoanalista esloveno, Slavoj Žižek, esta pandemia puede significar la reinención de un tipo de comunismo, necesario para la vida futura del planeta. Byung-Chul Han, filósofo coreano radicado en Berlín, cree que esa opinión está errada. China se levantará y el capitalismo continuará más fuerte que nunca, a pesar de su fase agónica develada sobre todo la última década. Las personas seguirán pagando por sendos viajes en cruceros y las líneas aéreas volverán a volver a reactivarse lo más rápido que puedan.

El coronavirus no reinventará la vida en sociedad. Pues eso no lo logrará un virus, ni una peste, ni un colapso. Eso es tarea de los seres humanos y requiere un horizonte sociopolítico y cultural concreto. Todo ello requiere tiempo. Y no meses. Un movimiento en la brújula social y política requiere un doloroso quiebre. Todo cambio de esta envergadura es doloroso. Necesita que afloren otras virtudes que no son las principales: hospitalidad, solidaridad, renuncia, entrega, don y abandono por el otro.

Pero, lo que seguimos presenciando en Chile es más bien lo contrario: orgullo, exposición de las posibilidades de unos pocos e irresponsabilidad, pues, en el fondo "el otro no existe". Hace décadas que los gobiernos no ven personas, sino cifras y todo es medido bajo la vara del PIB. El virus no es solo muerte, pero puede llegar a serlo si no aprovechamos el tiempo nuevo -la irrupción del tiempo- para pensarnos como sociedad. Tal vez, pero solo tal vez, la cuarentena -autoconvocada u obligatoria- ha sido la mejor oportunidad para pensar con calma la Nueva Constitución y los valores que deseamos que en ella queden escritos.

Según Walter Benjamin, la verdadera revolución se produciría con una interrupción del tiempo (del progreso moderno), ¿Quién sabe y esta pandemia puede ser el inicio de dicha interrupción? La utopía de la convivencia mutua. Es verdad que podemos especular sobre los escenarios distópicos que se van multiplicando en columnas y reflexiones.

Sin embargo, todo ello está lejos de ser la realidad de un país como el nuestro. La revuelta popular del 18 de octubre nos dejó en claro que no somos un país de mónadas irreconciliables. Esa es, quizás, una de las mejores noticias que hemos recibido. Creemos, los más de dos millones de ciudadanos y ciudadanas que nos hemos manifestado en las calles, barrios, plazas; los que nos hemos encontrado en familias, con amigos y en organizaciones y colectividades, que el virus del olvido del otro no es una pandemia sin remedio. De hecho, no es aventurado decir que los frutos y posibilidades que en Chile comenzaron a despertar el pasado 18 de octubre son similares a los que el coronavirus pueda empujar.

Uno de los deseos alimentados por la crisis ecosocial planetaria es la utopía de la no-violencia entre animales y humanos, idea presente desde los primordios de la humanidad. Esta noción ha tomado diversos nombres y está representada por la armonía, por la idea de Gaia o por narraciones ecoreligiosas como las elaboradas en el Génesis o por el profeta Isaías, según el cual, “el bebé meterá su mano en el agujero de la serpiente y el león comerá paja junto a los bueyes” (Is 11, 1-9). Podríamos sumar el imaginario del Buen Vivir y otras articulaciones evocativas de un “pasado mejor” y de añoranzas de un tiempo de paz mesiánica. El coronavirus viene a recordarnos que esta es nuestra vida e historia: con estas fragilidades, impotencias y equivocaciones. Que el tiempo presente es el que nos preocupa, si esperamos un futuro distinto. La utopía donde los leones se pasean por la Alameda y los peces nadan felices por el Mapocho no tiene un correlato real frente a la miseria de los hospitales públicos ni la distancia social que groseramente sigue apareciendo ahora en forma de cuarentenas de ricos o trabajos de pobres.

La utopía tipo “Avatar” (una feliz y armoniosa conexión naturaleza-humanos) nos hace soñar una sociedad en donde la extinción no sea una palabra instalada. Pero la realidad es otra y sin caer en fatalismos ni pesimismo rabiosos, la gran posibilidad está solo en nuestras manos. En manos de humanos capaces de dar vuelta la rueda del “olvido del otro” (y del Totalmente Otro) y exijan justicia a los pocos que siguen acaparando todo en sus graneros personales.

¿Qué pasaría si los primeros en recibir la vacuna fueran los que más han sufrido en sus vidas? ¿Cómo reaccionaría la sociedad si las principales camillas, piezas de hospitales y medicinas fueran para los y las que han sobrevivido siempre? ¿Qué diríamos si hoteles de cinco estrellas, catedrales y clubes recreativos se abrieran prioritariamente para acoger a los desvalidos, a los trabajadores sin derecho a cuarentena y a los adolescentes sin oportunidades, en caso de necesidad? El regreso de los animales es una perfecta imagen para el terror de una sociedad que ha caído en dos errores garrafales: que los seres humanos son el virus y que los que siempre han ganado lo seguirán haciendo por siempre.

10. PENSAR LA NUEVA NORMALIDAD POSTCORONAVIRUS

9 de mayo, 2020

Si alguna vez creímos que la filosofía o el ejercicio colectivo e individual del pensar era secundario respecto de la política pública o de la vida en común, la pandemia -con total e ingenua sorpresa- nos ha enrostrado todo lo contrario. La pandemia y su diversidad de expresiones y desigualdades nos han hecho caer en la cuenta de la necesidad de pensar el mañana, el después o, como se ha denominado, “esa” nueva normalidad. ¿Cómo construir un habitar con sentido y con capacidad de respuesta ante las problemáticas sociales? ¿De qué forma administrar los bienes de todas y todos para que nadie padezca lo que esta pandemia ha develado y, en no pocos casos, agudizado? De alguna forma lo que presuntamente estaba oculto o era desconocido nos ha saltado a la vista. No todas las personas padecemos la pandemia de la misma manera, y en general, no todo el mundo posee las alternativas, herramientas y posibilidades de reconstruir la vida en medio de la cuestionada y agónica -esperamos- vorágine capitalista.

Llegó a nuestras manos el libro “La cruel pedagogía del virus” del sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos. Varias de sus reflexiones nos parecieron relevantes y pertinentes respecto de nuestro contexto chileno. Boaventura toma distancia de aquellas miradas ingenuas que piensan que una transformación socioeconómica o cultural es inminente. Al mismo tiempo, nos recuerda que cualquier alternativa no será tan fácil de imaginar, precisamente porque nuestras democracias neoliberales se han encargado de eliminarlas de todo debate político. Ante ello, el escenario no es muy alentador si se espera “tener un tiempo para pensar el futuro”, ya que, seguramente, nos encontraremos sumergidos en una profundización de las desigualdades, en un nuevo Estallido Social incubado por la inoperancia del propio Gobierno. De regreso de las demandas sociales, seguiremos participando de todas las medidas y presiones ante la crisis ecológica y manifestaciones por una vida digna. Duro escenario. La alternativa, creemos, será empujada por otros territorios, más pequeños, mejor organizados, acotados a barrios y movimientos sociopolíticos y ecológicos de base, donde una real democracia participativa y una cooperación solidaria comience a gestarse.

Por otro lado, de Sousa Santos, apuesta por los “intelectuales de retaguardia” y ya no más por aquellos que persisten en situarse en la vanguardia y representarse alguna vocería. Esos tiempos ya pasaron y el pueblo, por culpa de ellos, ha quedado a merced de quienes, según el sociólogo, “hablan su lenguaje”: fanáticos religiosos, políticos populistas y aprovechadores, figuras ultraconservadoras que rayan en lo absurdo y apologistas de dominación capitalista, colonialista y patriarcal. Todo ello es sumamente peligroso y desafía a los académicos, políticos y científicos sociales que siguen lejanos a las demandas, a la vida concreta de la ciudadanía y del pueblo que sufre sus efectos o es-

tragos. Esta idea de la retaguardia nos parece sumamente interesante. Es una apuesta por cambiar la perspectiva y ahondar en la humildad. No nos convencen soluciones facilistas frente a la complejidad de nuestra sociedad, ni tampoco un manejo empresarial “desde arriba” y “desde lo oculto”. No nos satisfacen segundos pisos ni demasiadas comisiones de expertos, mientras la gente debe decidir entre una cuarentena en casa o pasar hambre por no poder trabajar. ¿Qué clase de dilema ético es ese? Uno ficticio, por cierto. ¿Qué clase de aislamiento le exigimos a aquellos que habitan la ciudad, pero “sin derecho a la ciudad”?

La retaguardia se transforma en una postura política. Y ella nos exige hacer las cosas de otro modo. De Sousa afirma que la pandemia ha terminado por evidenciar que el capitalismo no tiene futuro. “El capitalismo podrá subsistir como uno de los modelos económicos de producción, distribución y consumo entre otros, pero no como el único y mucho menos, como el que dicta una acción del Estado y de la sociedad”, afirma. Pero para que ello acontezca es necesario comprender que los procesos civilizatorios no son los mismos que los procesos políticos. Que la gobernanza y sus aparatos biopolíticos de poder no pueden ni deben imponerse por sobre la dignidad, la libertad y la posibilidad de imaginar un futuro. Hoy el futuro es incierto y la transformación ecosocial es urgente. Pensar en ella debe llevarnos a cambiar lo que haya que cambiar. Si no, la vida sobre el planeta corre el riesgo de seguir dando vueltas y que estas sean cada vez más violentas y peligrosas. El “ciclo infernal del capitalismo”.

Las alternativas hay que pensarlas colectivamente, es necesario apoyarnos y colaborar en la promoción de valores e ideas que vayan configurando la posibilidad de esos nuevos escenarios de esperanza y justicia. En esa línea nos parecen no solo sugerentes sino fundamentales los cinco puntos planteados por la socióloga Maristella Svampa y el abogado Enrique Viale, ambos argentinos y agudos activistas del medioambientalismo. Hace una semana presentaron el “Gran Pacto Ecosocial y Económico” contemplando la imposibilidad de volver a la antigua normalidad. En este Pacto se presentan las siguientes directrices: un Ingreso Universal Ciudadano, una Reforma tributaria progresiva, la suspensión del pago de la Deuda Externa, un Sistema nacional de cuidados y una apuesta seria y radical a la Transición socioecológica. Aquí no profundizaremos en ellas, pero nos sirven para ilustrar que el paso necesario no es de carácter local. Que nos sentimos invitados a sumarnos al gran movimiento de reflexión urgente y necesario para no volver a una realidad deshumanizadora e insostenible como la que teníamos (y tenemos, no hay que olvidar). Para que seamos y estemos lúcidos frente a los escenarios que hay que poner en discusión. Es importante evitar abstracciones y las ingenuidades de las que Boaventura de Sousa nos alertó.

Es inútil llenar paneles de políticos en matinales discutiendo sobre ellos mismos, donde no se presentan proyectos ni discuten ideas en vistas del bien común y las alternativas sociopolíticas que llevamos décadas esperando y que desde el Estallido es imposible seguir retrasando. Los cambios esperados son mucho más profundos de lo que se escucha en dichos paneles. Estamos hablando, con de Sousa y Svampa, de transformaciones civilizatorias, de un cambio de paradigma que signi-

fique superar el colonialismo, el patriarcalismo y el capitalismo. De una nueva relación y comprensión con la Naturaleza y sus Derechos, de la aplicación de una ética del cuidado a toda escala, de redistribuir en base a la justicia social los ingresos destinados a las FF.AA, de asumir la “causa de los niños” de manera seria y concreta; y de comprendernos como un pueblo pluricultural y diverso, entre otras. Si aún no estamos dispuestos a situarnos en ese horizonte, continuarán los estallidos, las pandemias, los abusos, la especulación financiera y los ombliguismos partidistas de los que la ciudadanía ya está cansada.



11. HACIA UNA POLÍTICA DEL CUIDADO CIUDADANO

4 de junio, 2020

Referirnos al cuidado ciudadano nos parece una urgencia ética en estos momentos. No solo por la contingencia sanitaria y social en la que nos encontramos, sino también porque- al parecer- no tenemos claridad de lo que la noción de cuidado implica y abarca en su relación con la ciudadanía. En la presente columna, presentamos algunos aspectos que nos pueden ayudar a elaborar una política del cuidado ciudadano.

Cuidar las formas. Las formas en que la ciudadanía se ha construido han costado muchos años y bastante dolor. Para llegar a ellas hubo lucha, mártires y desaparecidos. Las formas democráticas poseen mínimos necesarios que permiten la vida en común. Cuidar las formas no es solo respetar la institucionalidad, sino exigir que ella haga lo que se espera y actúe como es debido. El avance del narco, el descrédito de la clase política y de las instituciones en general; el cansancio ciudadano respecto de los abusos y la falta de justicia social sólo agravan la situación del país y dan cuenta de la falta de cuidado que hemos tenido de las formas. La democracia como forma debe cuidarse y mejorarse, constantemente. Sabiendo eso, es de sentido común que la institución, cualquiera sea, no está por sobre los rostros concretos de los ciudadanos, mucho menos por sobre el hambre de familias, niñas y niños. Cuidar las formas es parte del deber ser de quien detenta el poder. Cuando la autoridad descuida su responsabilidad, ya sea por negligencia, por indiferencia, por ignorancia o en el peor de los casos, por una ceguera de poder, la ciudadanía está en todo su derecho de exigir el cuidado y respeto del bien común.

Cuidar las relaciones. Pareciera que confundimos crítica con trabajo en conjunto. O causa común con diferencias ideológicas. En tiempos de pandemia, el trabajo político consiste sobre todo en buscar los mejores caminos para el bienestar de la ciudadanía. No viene al caso defenderse de críticas o diferencias en las ideas, pues es evidente que existen. Cuidar las relaciones quiere decir, en este contexto, dos cosas: confiar en la organización de base y actuar con veracidad. El pueblo pobre conoce de emergencias, son ellos los que realmente saben de pandemias y miserias. Las organizaciones de base se activan con más fuerza cuando ocurren acontecimientos de esta envergadura. En cualquier mesa de expertos debiera haber representantes de organizaciones sociales de base, representantes del mundo popular, pues son ellos los que conocen de sobra lo que es la solidaridad. Cuidar las relaciones se trata de valorar precisamente lo que los empobrecidos saben por experiencia. Buen ejemplo de esa valoración ha sido la Mesa Social Covid-19, pero esta es una tarea política que supera mesas, equipos y paneles.

Valorar al otro empobrecido es una máxima ética que no depende necesaria ni totalmente de las circunstancias. De ahí el segundo punto: actuar con veracidad. Los pobres y la gran mayoría de los chilenos y chilenas saben cuándo las cosas no andan bien, cuando las decisiones no se han democratizado lo suficiente y las brechas se van abriendo cada vez más. Es una tentación básica de la autoridad -cualquiera sea esta- el desconfiar. Dicho en positivo, el creer que se sabe más, que puede más y que debe más. Grave error. Cuando las relaciones no se cuidan, éstas simplemente revientan. Es responsabilidad de las autoridades cuidar y velar porque quienes puedan aportar lo hagan y quienes deban abrir mano de la justa colaboración, también lo realicen. El poder de la autoridad debiera consistir en empoderar al ciudadano. Y cuando estos son “los que saben”, con mayor razón debieran ser consultados, respetados y escuchados. Una política del cuidado ciudadano apuesta por ello. Nos parece que la invitación realizada por la reciente declaración “Compromiso con la Solidaridad”[1] de una gran gama de organizaciones solidarias y de acción social, a las cuales valoramos y adherimos, en vistas de generar acuerdos frente a la crisis humanitaria, va en esta misma línea: en la urgencia de una organización del cuidado colectivo.

Cuidar las expectativas. Abundan los videos en los cuáles se ridiculizan los errores cometidos por el Gobierno. Sin apuntar a aquello, es necesario mirar el fenómeno desde un poco más alto. ¿Qué relatos de esperanza vamos construyendo? ¿Qué narrativas para movilizar a la ciudadanía? Hace algunos meses fuimos testigos de un tremendo despertar colectivo. Y las expectativas están de alguna forma presentes. Las expectativas son subjetivas, es decir, están ligadas a lo que cada uno y una espera, ansía y a sus circunstancias concretas. Mientras que para un amplio sector de la ciudadanía la salud es lo primordial; para otros no basta en lo que respecta a una vida digna.

Las expectativas son engañosas, pueden lanzar la mirada demasiado lejos, generando un estado de frustración ciudadana permanente. Las expectativas alimentan descontentos, pero también, como lo insinuamos, albergan esperanzas, deseos y alegrías. Dicho esto, es fácil percibir que el tono respecto del COVID-19 no ha sido el adecuado. No es tanto una crítica al Gobierno y su vocería, sino a las maneras en que, desde la política, vamos construyendo futuro. Los tonos cargados de pena, de resignación y derrota son tan perjudiciales como aquellos comparativos, moralistas y preñados de triunfalismos. Definitivamente no hemos encontrado el tono justo, el tono de una política del cuidado ciudadano. Para algunos esos discursos de utopías son parte del pasado. El problema es que murieron sin más, sin reemplazo, sin horizontes. Nos invadió una suerte de “cifralogía” llena de datos, estadísticas y conteos. Nos cuentan de camas y fallecidos; sin la construcción de ese nosotros colectivo aunado por el deseo de salud, justicia, pan y trabajo. Nos llenan de gráficos y estadísticas, pero no nos preparamos para despedir a nuestros seres queridos con dignidad y cariño. Cuidar las expectativas es cuidar y priorizar lo importante: el otro, los otros, los nuestros, el nosotros; y todos los caminos que nos conduzcan por esa ruta.

Cuidar el cuidado. Finalmente, una política del cuidado tendrá en consideración que no todo es cuidado. La palabra y lo hermoso que refiere, puede, lamentablemente, tornarse un concepto más, una idea vacía, un eslogan. De ahí que ella deba transformarse en una política. Cuidar es atender, velar, acompañar, apoyar, contener, permanecer. Pero también una forma de gobernar y en eso el pensamiento feminista nos ha dado cátedra. ¿Cómo se gobierna con cuidado? ¿Cómo se transforma el acto político en una acción de cuidado por la ciudadanía? ¿Quiénes cuidan? ¿Quiénes son cuidados? El verdadero cuidado arriesga y acoge. El cuidado necesario se entrega ante las necesidades del otro. Como afirma el teólogo brasileiro Leonardo Boff, en su obra *El Cuidado Necesario*: “El cuidado hace del otro una realidad preciosa”.

Valdría la pena pensar en ello como una política, como una forma de hacer política, de construir comunidad ciudadana. En esa línea, una política del cuidado es acompañada por una política de la justicia y la donación. No satisfacen las analogías familiares, pues el Estado no es una familia. La comunidad política se construye desde las diferencias, a partir del bien común y los derechos/deberes de cada uno. Las asimetrías estructuran la comunidad del cuidado, no todos cuidan ni somos cuidados de la misma forma. Sabemos de sobra que el patriarcado se ha levantado gracias a que la dimensión de cuidado se le ha entregado, forzosamente, a las mujeres. Cuidar será romper esos esquemas para que otras dimensiones entren en el marco de una política. Cuidar es, en ese sentido, formar, educar, transmitir. Una política del cuidado ciudadano funciona como un motor, cuyos engranajes asimétricos velan porque no haya una persona sumida en el abandono político, ni un niño sin la posibilidad cierta de soñar. Cuidar el cuidado es prioridad de dicha idea política. En estos momentos críticos que atravesamos somos convocados al cuidar, al acoger, al contener, al acompañar. Por eso, una política del cuidado ciudadano enfatizará la compasión y el cariño, abriendo mano de lo propio para salir en socorro del otro que sufre.

Cuidar la administración de la casa. Esta dimensión se refiere a la economía, a la administración de los bienes comunes, pero también a los males comunes. Aquí es fundamental cuidar para dar, cuidar para ayudar y cuidar para reencauzar. La citada declaración “Compromiso con la Solidaridad” apunta a que “debemos actuar buscando las mejores soluciones con prudencia sanitaria y audacia fiscal” para que logremos atacar el hambre y el abandono. No hay duda. Y, al mismo tiempo, una política del cuidado ciudadano apunta a que ello no solo acontezca en situaciones de emergencia, sino que sea parte de la normalidad económica de una nación, donde la justicia social y la preocupación por el otro son partes fundamentales de su construcción. La crisis socioambiental y sanitaria nos impele a generar una orgánica económica alternativa; nos obliga a velar porque no solo el bien de todos sea ocupado, sino sobre todo para que el mal de muchos pueda ser socorrido. La pandemia ha desnudado incontestablemente el fracaso de la administración económica. Es el momento de asumir creativamente y con certeza ética una vida en sociedad que sea sostenible.

Cuidar la economía es cuidar que nadie padezca la necesidad de lo mínimo, de lo necesario para vivir. Cuidar la economía es, a fin de cuentas, cuidar la justicia. Aquella donde la impotencia del jubilado que no puede solventarse y de los comerciantes que no pueden cuidarse, están erradicadas.

No cabe duda de que podemos seguir alimentando esta reflexión con otras dimensiones del cuidado aplicadas a lo ecológico, lo jurídico, al mundo indígena, la dimensión educacional o cultural, por citar algunas. El cuidado puede permearlo todo, pero para ello requiere de los afectos, de una razón cordial y una nueva sensibilidad ciudadana que está lejos de predicarse en una aldea neoliberal como es Chile. El cuidado empático y compasivo se produce, en general, en lo privado, entre amigos, entre familias o a lo más en las ya referidas organizaciones de base, populares, donde la solidaridad es pilar de subsistencia. El cuidado se desarrolla por debajo de la alfombra política, en esas ciudadanías de migrantes y en comunidades donde lo común no es solo una imagen. Es posible construirla, y es necesario para la democracia y los pactos (eco)sociales que se vendrán.

Parafraseando a Boff, el cuidado necesario es un insumo para construir una sociedad donde las relaciones humanas se establezcan como una fuerza curativa. Es fundamental formarnos ya como cuidadores y cuidadoras y generar desde la política una forma adecuada, correcta para dejar de una vez por todas los esquemas sacrificiales, patriarcales y estructuras sociopolíticas donde los empobrecidos y menospreciados no tienen cabida.

[1] <http://nuevopactosocialchile.cl/2020/05/28/compromiso-con-la-solidaridad-nacional-para-atravesar-la-pandemia/>



12. RECUPERACIÓN JUSTA Y SOSTENIBLE: HACIA FORMAS DE VIDA DIGNA

8 de julio, 2020

En la presente columna, queremos reflexionar sobre nuestras formas de vida y convocar a una conciencia ecológica, que nos parece aún sigue sin penetrar las hebras más profundas de nuestra sociedad. Esto, en consonancia con una declaración del pasado 16 de junio sobre la reactivación de la economía, realizada por la Sociedad Civil para la Acción Climática (SCAC), la que alberga a más de 130 organizaciones medioambientales de Chile[1].

El filósofo italiano Giorgio Agamben, en su libro sobre las órdenes monásticas, llamado *Altísima Pobreza*, se pregunta por el vínculo entre vida y regla, por la posibilidad de que una vida sea regulada por un conjunto de normas que en definitiva vayan configurando una “forma de vida”. En su reflexión, se pregunta por la dialéctica que se suscita entre regla y vida teniendo muchas veces que decidir entre una u otra. O, como lo expresa, definiéndose en términos de que “la regla es la vida”.

Es interesante la reflexión de Agamben para entrar y pensar desde otro lugar la dialéctica en la que nos hemos situado en Chile que, grosso modo y más aún en estos tiempos de pandemia, se ha expresado como “cuidar la vida o la economía”. Esta dicotomía merece un análisis más profundo que nos lleve a pensar en la vida y en la economía. No es difícil que el debate público, a ratos realizado de manera simple y rápida en matinales, nos aleje de lo fundamental, a saber, de pensar “una economía para la vida”.

Aquí es donde las ideas socioambientales y la justicia climática adquieren total relevancia. En su libro sobre *Economía Ecológica y Política Ambiental*, Joan Martínez Alier y Jordi Roca (2013) explican la idea de “economía ecológica”, campo interdisciplinario y plural que se refiere a una economía que ve una interrelación entre el uso de los mal llamados recursos naturales y los impactos ambientales. Es decir, una economía que se piensa desde la sostenibilidad ecológica y se contrapone a una lectura basada en el crecimiento económico ilimitado y como fin en sí mismo.

La CEPAL ha hablado recientemente de la necesidad de un “nuevo modelo de desarrollo”, donde se respete el medioambiente, la vida de las personas y se detenga, de una vez por todas, una economía extractivista neoliberal y los neoextractivismos en América Latina[2]. Es lo que las comisiones de medioambiente de los partidos de la oposición expresaron hace unas semanas frente a la propuesta del gobierno de un marco fiscal y plan de emergencia para la reactivación económica[3].

Estamos de acuerdo y al mismo tiempo conscientes de que se requiere una profunda discusión

pública y diálogo democrático. La Economía Verde, la Economía Circular, la Economía Colaborativa, la Economía del Bien Común, la Economía Social y Solidaria, el Decrecimiento, la Democracia Económica, el Comercio Justo, el Cooperativismo, los Bienes Naturales Comunes, la Agroecología, los postulados del Buen Vivir y los derechos de la naturaleza, el Conservacionismo, la ética Biocultural, el Bioregionalismo, la Soberanía Alimentaria, son algunas de las alternativas.

Todas ellas ideas, propuestas y búsquedas que merecen ser conocidas, debatidas e impulsadas. Como dijimos hace un tiempo, reflexionando sobre el último ensayo de Boaventura de Souza Santos[4], el futuro no puede ser de una sola idea, de un solo camino. Es el tiempo de la pluralidad de alternativas ecosociales y territoriales. Impulsar un solo modelo de recambio, una sola manifestación de la economía y la justicia sería volver a caer en la misma trampa del “pensamiento único” que nos lleva a un único camino de “progreso” y “desarrollo”.

Es interesante, volviendo a Agamben, comprender el franciscanismo como un movimiento integral, donde la “forma de vida” es finalmente puesta por sobre la ley y la doctrina. Más importante es cómo se vive que lo que dictan las leyes y dogmas. Esto puede llevarse al plano social y político, sin duda. Salvaguardando el momento cultural, lo que interesa es la idea de fondo: ¿de qué sirve acogerse a tal o cual medida, si “vivimos mal”? ¿Para qué seguir ciertas leyes y normativas si al final del día nos encontramos en condiciones de mayor miseria, dolor e incertidumbre?

No hay algo como una elección entre economía, salud o vida, ni tampoco entre comida y trabajo. Y si lo hubiera no es una decisión de cada ciudadano o ciudadana, pues para eso existe un Estado que debe velar por el bien común. Las “formas de vida” precarizadas, abusadas y sobreendeudadas son las que estallaron en las calles de Chile el pasado 18 de octubre. Ellas nos interpelan a avanzar en justicia social, pero también a repensar las estructuras económicas y políticas que hemos generado para que se reproduzcan las desigualdades y millones de hogares tengan que padecer una vida indigna.

Tanto el estallido como la pandemia y los procesos democráticos que se avecinan, son una interpelación profunda a la responsabilidad. La de todos, pero en especial la de aquellos y aquellas que administramos e incidimos en los poderes públicos y tomamos decisiones que afectan al colectivo. También la de aquellas pocas manos que concentran niveles de riqueza y patrimonio, que en el actual contexto de hambre y ollas comunes es una vergüenza. Partiendo por el Presidente Piñera.

Si bien hoy atravesamos una dura crisis sanitaria por la pandemia y crisis económica, social y humanitaria, tenemos la oportunidad de –y esperamos seamos capaces de realizarlo– pensar las bases de nuestras “formas de vida”. Si “esta economía mata”, como afirmaba categóricamente el papa Francisco el año 2013 en su exhortación apostólica llamada La alegría del Evangelio (Evangelii Gaudium, 53)[5] es, justamente, esa economía sin rostros.

Una economía dislocada de la vida de las personas y los pueblos. Economía de cifras y finanzas encriptadas que ya no da para más. ¿Por qué? Por la forma de vida. Esta ya antigua disputa y debate que a ratos parecen estériles y llenos de lugares comunes, es hora de mirarlos desde otras ópticas. Una de ellas es la forma de vida y la otra el desastre ecológico al que hemos llegado. Ambas, profundamente ligadas. Es lo que el papa Francisco afirma en la encíclica “Laudato Si’”, sobre el Cuidado de la Casa Común del 2015[6], esto es, la imposible separación entre la justicia social y la justicia ecológica (hoy entendida de mejor manera como climática); entre el sufrimiento de las personas, por sus “formas de vida” empobrecidas y el sufrimiento de los territorios y ecosistemas.

Esto último se refleja en: crisis hídrica, depredación de los animales, deforestación indiscriminada, pérdida de biodiversidad acelerada, zonas y (comunidades) sacrificadas, humedales destruidos y leyes que no toman en consideración, suficientemente, el hecho de que todos y todas habitamos el planeta y que necesitamos de él para convivir, en una relación de interdependencia y coexistencia.

Cuando hablamos de la economía que mata, es imposible no acordarse de las palabras de uno de los padres de la Iglesia, San Juan Crisóstomo: “No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. No son nuestros los bienes que tenemos, sino suyos”.

La economía que mata, mata personas y mata el medioambiente. La injusticia socioecológica está ahí donde miremos; y esta “interrupción del tiempo” –como sugerentemente exhortaba Walter Benjamin– se puede transformar en el tiempo propicio para cimentar una economía nueva, sostenible ecológicamente, hermanable con el medioambiente y las comunidades. Una economía que no aniquile las “formas de vida”, sino que las permita, las asegure y les otorgue el cauce que hoy parece pertenecer a unos pocos poderosos, entre ellos, el propio Presidente de Chile.

Nos parece interesante el ejemplo del franciscanismo y de otros movimientos de la época, los que, más allá de sus inspiraciones cristianas, consistieron en una radical propuesta de otra forma de vida. Si bien en el contexto y espíritu franciscano esa nueva forma de vida implicaba la renuncia a la propiedad o, como explica Agamben, a una forma de vida fuera del derecho, esto es, sirviéndose de los bienes sin poseer sobre ellos derecho alguno (ni de propiedad ni de uso).

Forma de vida, sigue Agamben, impensada e impensable en las actuales condiciones de la sociedad neoliberal. Sin embargo, en los trasfondos notamos un tema mayor, al que la política nacional debiera dedicarle más tiempo y más tinta. Nuestra época nos demanda una vida más ecológica y comunitaria (Francisco de Asís es identificado con estos dos aspectos), más colaborativa y compartida, más respetuosa y dialogante, más compasiva y de cuidado. Lo anterior implica superar formas de vida individualistas y poco éticas.

La comprensión de una economía ecológica puede permitirnos continuar cimentando esas nuevas formas de vida necesarias para la sociedad que habrá que construir en el Chile posestallido social y pospandemia. ¿Cuáles son y serán aquellas reivindicaciones y luchas no transables para las formas

de vida que deseamos? ¿Seremos capaces de construir una sociedad que asegure las condiciones para una vida digna a las actuales y futuras generaciones? Necesitamos un nuevo pacto social democrático y constituyente que lo posibilite.

[1] Ver <https://www.porlaaccionclimatica.cl/una-reactivacion-economica-que-proteja-la-vida-declaracion-de-la-sociedad-civil-por-la-accion-climatica-con-relacion-al-acuerdo-covid-celebrado-por-el-gobierno-y-algunos-partidos-de-la-oposicion/>

[2] Ver CEPAL (2020), https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/45677/1/S1900711_es.pdf

[3] Ver <https://revoluciondemocratica.cl/comisiones-ambientales-de-oposicion-exigen-reactivacion-economica-sustentable-y-hacia-un-nuevo-modelo-de-desarrollo-ecologico/>

[4] Ver Boaventura de Sousa Santos (2020), https://www.akal.com/media/imagenes/Cruel_pedagogia_virus.pdf ver Columna 10, página 37.

[5] Ver http://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20131124_evangelii-gaudium.html

[6] Ver http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

13. LA TEOLOGÍA DE LAS OLLAS COMUNES

4 de agosto, 2020

En nuestra América Latina gozamos de una feliz tradición teológica, aquella que se tejió entre los pobres, desde los empobrecidos y a partir de la convicción política y espiritual de que las transformaciones sociales, en vista de la justicia, la paz y la vida digna, son necesarias.

La injusticia es como un cuchillo entrando lentamente en el costado de Cristo. Así lo ha entendido la Teología de la Liberación. Esta intuición no solo se ha forjado con un contundente y macizo aparato intelectual y teórico sino sobre todo con y a partir de las experiencias de quienes han padecido las referidas injusticias. Entre quienes han colaborado, hasta nuestros días, para alimentar esta “visión práctica y evangélica” del mundo, se encuentra el jesuita y teólogo español-salvadoreño Jon Sobrino, quien ha sobrevivido a amenazas y persecuciones, además de padecer el asesinato de varios de sus amigos y compañeros de camino, como Ignacio Ellacuría e Ignacio Martín-Baró.

En esta columna, habiendo recordado a Ignacio de Loyola el 31 de julio, queremos rendirle un homenaje a Sobrino y, a partir de algunas de sus claves teológicas, comprender qué es lo que se teje –comparte y resiste– en el quehacer de los empobrecidos en el Chile de hoy.

Las ollas comunes, solidarias o comunitarias, poseen en Chile una larga historia y jamás han cesado de existir, ni durante la democracia ni hoy. Comedores populares, pequeñas capillas abiertas diaria o semanalmente para dar de comer a niños, ancianos y familias; casi que forman parte del paisaje latinoamericano. Con sus más y sus menos. En algunos países, entre ellos los más pobres de Nuestra América, sobreviven gracias a la mesa compartida, a la olla convocada y a las manos voluntarias de quienes dan los alimentos y de quienes los preparan. Estas prácticas de solidaridad entre los empobrecidos se dan en las grandes ciudades y también en las pequeñas localidades rurales.

El hambre y la necesidad despiertan y activan una capacidad de organización y cooperación extraordinaria. Lo humano aparece en la empatía y compasión común, en el dolor-con y el deseo de apoyar, servir y ayudar. Las redes se multiplican y, entre sonrisas y lágrimas, los empobrecidos salen adelante, dando cátedra de lo que significa ser comunidad.

Jon Sobrino, como teólogo de la liberación, sabe de lo que habla cuando se refiere a los “crucificados de la historia”, sabe de qué se trata afirmar que “Dios sufre con los pobres y alimenta sus esperanzas”. Sin embargo, sabe también que él mismo no vive sin la seguridad del mañana. Sabe que hablar de los sufrientes se hace con respeto y con la humildad necesaria para no decir nada

“en el lugar de”, sino más bien como aprendiz y como discípulo de Jesús y de los pobres. Un oído en el pueblo y el otro oído en el Evangelio, decía monseñor Angelelli, mártir argentino. No tanto cielo y más suelo, dicen los amigos y amigas en los Seminarios de Formación Teológica (SFT), que cuentan con más de 30 años de historia. ¿Cómo hacer teología desde el suelo? ¿Cómo comprender los “signos de los tiempos” y saber interpretarlos desde una olla común? En eso ha consistido el pensamiento de Jon Sobrino.

Hemos visto cómo las comunas más pobres han sido las más castigadas con la pandemia del COVID-19. No solo castigadas por la falta de trabajo y necesidades básicas de sobrevivencia, sino también, y lo que duele más profundamente –enterrando la llaga en el costado de Cristo–, con la cantidad de muertes. Son los pobres quienes mueren más. ¡Qué dramática realidad! Pero pareciera que ese escándalo que clama al cielo solo duele temporalmente, sin llegar a remecer las estructuras ideológicas que nos han llevado a padecer y permitir semejante atrocidad.

La tradición cristiana, releída desde las laderas del sur, sabe bien que la muerte de Jesús fue un asesinato sangriento y, al decir de Sobrino, que “sus días acabaron como víctima y su resurrección no consistió en devolver la vida a un cadáver, sino en hacer justicia a una víctima”. La esperanza cristiana va de la mano de la justicia a las víctimas de la historia. La fabulosa expresión del teólogo salvadoreño que reza “bajar de la cruz a los pueblos crucificados”, expresa con toda la fuerza lo que significa luchar por la justicia y entender esta lucha desde la fe en Jesús. “Con audacia y a tientas”, confiesa Sobrino, intentamos decir algo de la esperanza de las víctimas.

La resurrección de Jesús ha introducido en la historia una esperanza concreta para las víctimas, ya sea como conciencia colectiva, dentro del imaginario cultural o como adhesión de fe. Con Sobrino entendemos por víctimas a “las grandes masas de pobres y oprimidos, a las que se les da muerte lentamente, como a los que son asesinados por denunciar la injusticia y buscar activamente la justicia”. Imposible no pensar en las víctimas que perdieron sus ojos o padecen el encierro en prisión luego del 18 de octubre, los prisioneros de la revuelta. ¿De qué esperanza hablamos? ¿Cómo comprender la lucha por la vida cuando nos rondan y estamos insertos en estructuras de muerte?

Para Sobrino, hay una dimensión impenetrable en la esperanza de los pueblos crucificados. No es posible tematizarla ni acceder a ella sin ser pobre o víctima. Y no se trata de una esperanza futura, solamente, sino en la certeza de una justicia posible en el ahora. Vivir con esa esperanza permite mantener la lucha y la solidaridad latentes. Esta esperanza de las víctimas permitiría vivir “como resucitados” y resucitantes. Sobrino se apoya en palabras del gran profeta y obispo brasileiro Pedro Casaldáliga: “Porque resucitaré debo ir resucitado y provocando resurrección... a cada acto de fe en la resurrección debo responder con un acto de justicia, de servicio, de solidaridad, de amor”.

La vida y obra de Jon Sobrino está empapada de su experiencia con Óscar Romero, obispo de San Salvador, brutalmente asesinado mientras celebraba la Cena de Jesús un 24 de marzo de 1980.

Romero se transformó rápidamente en un ícono de la esperanza y la justicia para las víctimas y en un veraz testimonio de una vida cristiana al servicio de los empobrecidos. Romero, por su praxis, vida y voz, actualiza la esperanza cristiana. En Romero los pobres de El Salvador y América Latina vuelven a alimentar la esperanza de ser bajados –por Dios– de las cruces de la historia.

Esta aseveración es crucial para comprender cómo la esperanza se va actualizando a partir de personas con rostro, nombre e historia. Si “con monseñor Romero, Dios pasó por El Salvador”, como magníficamente dijo Ellacuría, habría que ver de qué forma Dios ha ido pasando por Chile [1] y de qué manera se sigue sentando a la mesa de los pobres y compartiendo en ollas comunitarias. Aquí hay una tarea que no solo le pertenece a la Iglesia o a los cristianos y las cristianas, pues la justicia y la esperanza no son monopolio de la fe. La esperanza se nos aparece en los rostros concretos de otros y otras, de quienes son capaces de superar el paradigma antiético del neoliberalismo para ir al encuentro del sufriente.

Es tarea incansable del quehacer político y social alimentar la esperanza, aquella desde las víctimas que clama por libertad y justicia. Aquella que permite seguir con vida. Para Sobrino, esta particular y parcial esperanza es posible también para los no-pobres, para las no-víctimas, pero bajo dos condiciones: primero, la de participar de alguna manera en la realidad de las víctimas, “de modo que la muerte sea, en algún sentido, como la de Jesús”. Esto equivale a gastar la vida para que el otro o la otra obtenga una mejor vida. Vivir en pos de aquel que padece las injusticias. Y segundo, una condición más bien subjetiva o personal: es necesario hacerse la pregunta crucial “¿cómo superar el escándalo de la muerte que parece poner fin a toda esperanza?”. Se trata de asumir esta pregunta como vehículo de nuestras opciones y compromisos. La esperanza cristiana lo demanda.

En palabras del teólogo salvadoreño, “la resurrección de un crucificado nos debe plantear la interrogante de nuestra propia muerte futura, pero también el cómo habérmolas ya en el presente con la muerte y vida de los otros”. ¿Qué hacemos nosotros para que las víctimas tengan esperanza?, debe constituirse en una interrogante mayor.

Si las ollas comunes son alimento de esperanza, se constituyen en albergue de cansados y hambrientos; si a pulso se levanta organización y apoyo entre los pobres, entonces habría que aprender de ellos como una escuela de amor y superación, de lucha contra la injusticia y denuncia en un mundo donde unos pocos rellenan sin pudor sus despensas e incluso desperdician el alimento.

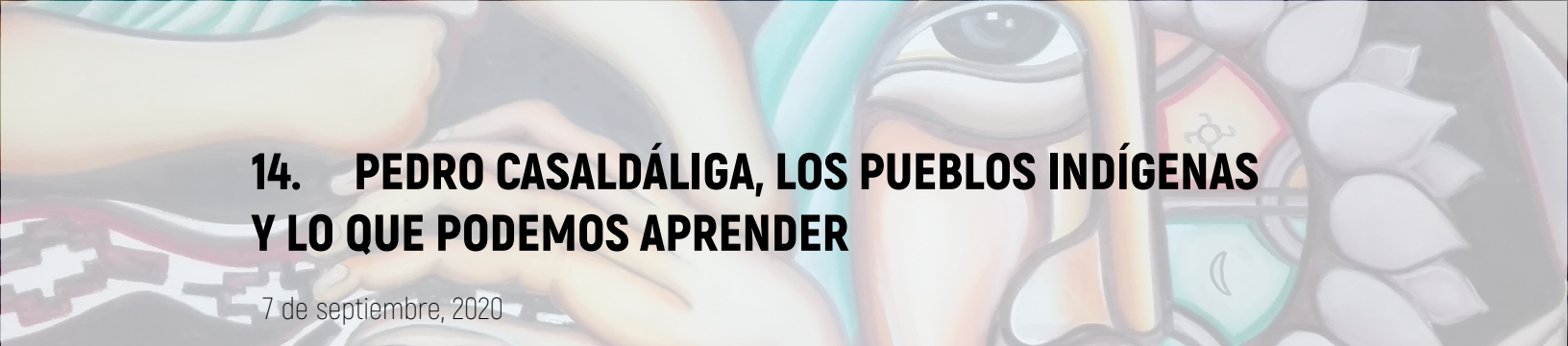
El pensamiento de Jon Sobrino nos vincula con lo más profundo de la mística cristiana, releída desde los pobres del Sur Global. Aquí la espiritualidad es política y la política es vivenciada como una opción fruto del amor evangélico. De ahí que sea posible decir que sentarse a la mesa de los pobres y compartir el pan sea una acción del orden de lo espiritual; y luchar por leyes justas y doblegar el brazo de quienes perpetúan estructuras de injusticia sea un compromiso militante enraizado en el

seguimiento de Jesús. Según Sobrino, “el Dios bíblico se da a conocer como el Dios de los pobres y oprimidos (aunque sea más que eso) y, como no tenemos otra forma de conocerlo sino como Él mismo se dio a conocer, no podemos prescindir de su parcialidad ni para hablarle (experiencia) ni para hablar de Él (teoría)”. Dicho así, acercarnos a los empobrecidos y a los pueblos crucificados es acercarse al Dios de los pobres, al Dios que sigue alimentando la esperanza.

En nuestra sociedad chilena, muchas veces cargada de clasismos y denostaciones socioeconómicas, nos viene bien refrescar nuestras opciones y compromisos. Nos viene bien seguir pensando la esperanza y la justicia y no tanto seguir alimentando discusiones superficiales y soluciones momentáneas.

Los pueblos crucificados nos enrostran, todos los días, el fracaso de ciertos modos de habitar que hemos generado y la configuración de estructuras de muerte –ecológicas, sociales, económicas, culturales– que esperamos podamos seguir luchando por revertir. No nos cabe duda de que la construcción colectiva de una nueva Carta Constitucional para Chile puede ayudar en el camino a bajar de la cruz a las víctimas, a las víctimas indefensas de la pandemia, los empobrecidos de nuestro pueblo y la tierra que clama por un cuidado necesario.

[1] Releyendo este texto no escatimamos en afirmar que en Chile el Dios de Jesús nos visitó de la mano de Mariano Puga, amigo, compañero, profeta y maestro.



14. PEDRO CASALDÁLIGA, LOS PUEBLOS INDÍGENAS Y LO QUE PODEMOS APRENDER

7 de septiembre, 2020

El cristianismo no le teme al mundo posreligioso que se avecina y que en no pocos lugares se olfatea. La Iglesia sí, pues en su forma “moderna” pertenece a las estructuras que de a poco se desmoronan y pierden sentido. El cristianismo es más flexible, maleable, cambiante. La Iglesia no es un bloque monolítico uniforme. Ella, cuando ha sido inteligente, compasiva y atenta, ha sabido dialogar, transformarse y renovarse. No sin heridas, cismas y conflictos.

En relación con los pueblos indígenas, la Iglesia posee un historial diverso y no muy feliz, al menos en lo que respecta a su advenimiento en estas laderas del planeta. Carga con el peso de la “conquista”, el “descubrimiento” y la colonización. Con mucha razón sigue produciendo indignación, tristeza y malestar en los que volvemos una y otra vez sobre la historia.

Sin embargo, ha habido también personas, comunidades, hombres y mujeres que han querido hacer las cosas de otro modo, que se han enfrentado a los mandatos y leyes que contradecían el espíritu del Evangelio. En ellos y ellas encontramos una verdadera empatía con el otro, un profundo deseo de comprender y aprender, disponiéndose a la escucha, al servicio y a una vida compartida. No en pocos casos construyendo interesantes caminos “ecuménicos”, novedosos, sincréticos o al menos híbridos.

Uno de los testimonios de dicho diálogo feliz, de una relación enriquecedora y justa entre los pueblos indígenas y la Iglesia, tiene que ver con Pedro Casaldáliga (1928-2020). Un cura claretiano, de origen español, que llega a tierras brasileñas el mismo año en que se celebraba la Conferencia de los Obispos Latinoamericanos en Medellín (1968). Su arribo a Brasil fue al Mato Grosso, a vivir junto a los pueblos indígenas que habitan ese territorio amazónico. A poco andar, Pedro fue nombrado obispo de la prelatura de San Félix de Araguaia. Desde allí, ejerció un ministerio marcado por el servicio humilde a los más pobres, una voz profética frente a los dueños de grandes tierras y jerarquías eclesíásticas y una sensible mirada poética respecto de la vida social y espiritual.

En esta columna nos preguntamos por la persona de Pedro Casaldáliga y su relación con los indígenas Xavantes, Karajá, Tapirapés y otros. Nos parece reconocer en él tres fuentes primordiales que nos permiten sacar algunas enseñanzas para nuestras relaciones con el pueblo Mapuche.

Primero, reconocemos una forma original de vivir la fe. Esta forma posee como centro una profunda amistad e intimidad con la persona de Jesús. Esto no es trivial, pues tiene que ver con un sentido de vida, con una manera de comprenderse en la historia como discípulo y discípula con una vida ética y espiritual concreta. Esta experiencia vital permitió que Pedro pudiera acoger al otro al modo

de Jesús, sin prejuicios y desde un profundo reconocimiento. La fe en Jesús lo llevó a mirar al otro como hermano y desde allí realizar un camino juntos, enriquecidos por las diferencias existentes. Este lugar vital podría definirse como una actitud contemplativa y un habitar poético que va empapando todas las relaciones y dimensiones de la vida.

Segundo, reconocemos una fuerte conciencia histórica. Es decir, Pedro vivió de forma encarnada, lejos de abstracciones y elucubraciones sobre las necesidades y luchas de su pueblo. Vivir encarnadamente tampoco es trivial, se trata de ver y escuchar las injusticias que sufren los demás. Y no solo eso, sino que además de incorporar e incorporarse en dichas luchas. Hacer propias las esperanzas, demandas, necesidades y resistencias de la comunidad.

Casaldáliga se fue haciendo un empobrecido más, un humillado más. Su convicción cristiana fue la que lo llevó a encarnarse en las luchas del pueblo Xavante, Karajá y de los pobres y campesinos de Araguaia. Esta opción espiritual en América Latina ha sido bautizada como opción por los pobres. Sin romanticismos ni moralismos, sin espiritualizaciones ni heroísmos. La encarnación se vive desde la fragilidad de lo que somos, pensamos y hacemos. Pedro testimonia esto con suma lucidez y belleza.

En tercer lugar, Casaldáliga incorporó una forma latinoamericana de comprender y practicar la fe. Esta forma se conoce como Teología de la Liberación y aunque muchos se puedan jactar de que constituya algo del pasado, se equivocan rotundamente, pues la propia despedida de don Pedro dejó en evidencia que aquí no estábamos honrando a cualquier persona. Siendo uno de sus más grandes exponentes, sublime escritor y poeta, sigue alimentando generaciones en toda América Latina y el mundo. Exponente de una fe cercana, sencilla y al servicio humilde. Testimonio de un cristianismo que comprende el poder como una praxis del amor y la espiritualidad como un sentarse a comer juntos. Un cristianismo que pone los ritos al servicio del otro y no al revés y donde se respira profundamente que “la gloria de Dios es que el pobre viva”, como decía san Óscar Romero, parafraseando y actualizando el dicho atribuido a san Ireneo de Lyon (s. II d.C.). Un cristianismo que entiende que toda espiritualidad es política.

Nos parece que la fe en Jesús vivida y ofrecida de esa manera, encarnada y alimentada por una teología liberadora, adulta y abierta, se transforma en una gran posibilidad de situarnos de otra manera delante del otro, de nuestras historias y de las luchas ecosociales en las que estamos insertos. Desde allí nos preguntamos, ¿cómo no reconfigurar las relaciones que en general, como país, hemos establecido con el Pueblo-Nación Mapuche?

No cabe duda de que diagnósticos ha habido muchos y los más interesantes provienen de pensadores Mapuche. No son pocos los que llevan años proponiendo caminos de diálogo político, de relectura histórica y de una comprensión de lo que sucede en los territorios, además de la ignorancia respecto de su cosmovisión y espiritualidad.

Somos testigos de decenas de comuneros que de forma desesperada acuden a huelgas de hambre, presos sin debidos procesos y familias desmembradas en un conflicto que como país prolongamos horriblemente. ¿Tanta es la inoperancia o la mezquindad que no es posible llevar a cabo mesas de diálogo honesto y una negociación fructífera?

Preocupa ver que la sociedad chilena y latinoamericana continúe sin acertar caminos de humanización y justicia. Enfrascados en salvar economías y en una carrera sinsentido por el consumo, la innovación y el desarrollo. Con un acento peligroso en la vigilancia y seguridad, pero vaciados de sentido y espiritualidad. Sociedades que alimentan egos e individualismos sin contenido y pueblos donde las tasas de suicidios, el alcoholismo juvenil y el abandono de los adultos mayores asombra y escandaliza.

Todo esto nos lleva a mirar el testimonio de Pedro Casaldáliga como una esperanza en otras maneras de vivir. Una vida con sentido, vivida apasionadamente arriesgando seguridades personales y tronos de aduladores. Una vida cargada de rostros y nombres. Una vida que hace posible los mundos donde muchos mundos tienen cabida.

Antes de terminar nos gustaría acentuar un par de aspectos. El cristianismo, al menos en su intuición fundamental, posee la fuerza y el valor de generar alianzas, crear vínculos creativos, nuevos, otros, hacer parentescos. Es lo que Jesús hacía, es lo que Pedro Casaldáliga hizo junto y con los Karajá. Es posible generar relaciones basadas en el cariño, la intimidad, la complicidad y el aprecio que nos permitan también crear esos otros mundos necesarios y urgentes.

La idea cristiana del prójimo es fascinante. Supera cualquier vínculo sanguíneo o familiar para reconocer al otro, al que está cerca –próximo– como un semejante; como alguien que siendo distinto es cercano, es un prójimo. Sin embargo, el giro de Jesús es aún más fascinante, pues no solo el que está a nuestro lado es un prójimo sino que, al aproximarse, uno mismo se convierte en prójimo del otro. Quizás el cristianismo se trata en gran medida de hacernos prójimos, convertirnos en prójimos de otros. Para, desde ese nuevo lugar vital –el de prójimos–, construir una relación de respeto, cariño, reconocimiento y cuidado. Los prójimos se cuidan y eso fue lo que bellamente hicieron los indígenas al enterrar al hermano Pedro Casaldáliga en el cementerio de los Karajá a orillas del río Araguaia.

Estamos a dos meses de una votación histórica. Ella debe ser la puerta para un camino político hacia otro Estado y otras alianzas con el Pueblo-Nación Mapuche. El diálogo acompañado de una actitud y de una ética concreta –que aquí hemos expresado en términos de escucha, empatía, reconocimiento, reparación, cuidado, proximidad y aprendizaje– debe ser la ruta para generar una cultura y un camino de paz. Ese camino político implicará que haya escaños reservados en la próxima Convención Constituyente para los pueblos originarios y generar verdaderas mesas de trabajo en conjunto, en vías de modificar las nefastas prácticas que hasta nuestros días hemos elaborado.

Como el místico español-brasilero y muchísimos más han legado, es posible habitar de otros modos los territorios, territorios exteriores y sobre todo los territorios interiores, que nos permiten hacernos prójimos, caminar descalzos en las tierras del otro y transformar las maneras en que concebimos y creamos mundos.



15. ESPERANZA (Y) POLÍTICA

9 de octubre, 2020

El quehacer político no se acaba en lo posible, pues la política se alimenta de nuestros deseos, aspiraciones y utopías. Ella, la política, necesita de lo imposible.

Creemos que gran parte de lo que estalló el pasado octubre fue una explosión que brotó en contraposición a un posible sin gracia, apagado y gris, cargado de abusos e injusticias. Lo de octubre y los meses que siguieron fue también un imposible. Allí estaban todas las banderas y todas las causas; algunas pequeñas e invisibles y otras que rugían elevadas sobre Baquedano en Plaza Dignidad. Esos meses fueron manifestación densa del encuentro de esos dos modos de aparecer y ser que posee toda buena política: lo real y lo ideal, lo que es y lo que queremos que sea.

Durante esos meses de masivas manifestaciones ciudadanas, la política de lo posible se vio totalmente sobrepasada, sin saber cómo acoger los imposibles que clamaban por una transformación. Se impuso el uso de la fuerza por quienes tienen el monopolio de las armas, sin el debido respeto a sus propios protocolos en relación con la población civil, dejando y provocando las heridas que bien todos conocemos, las más graves y masivas violaciones a los DDHH ocurridas en Chile desde la recuperación de la democracia. Cuando la esperanza se agolpa sobre las calles, todas las estructuras tiemblan. Pues es propio de las estructuras dominar, controlar, organizar, y es propio de la esperanza, soñar, empujar y abrir. Ella no puede ser domesticada.

La política de la esperanza pedía justicia, igualdad y reconocimiento, sin proponer un único canal adecuado para comenzar un camino. La política encontró un camino posible, un acuerdo democrático para canalizar el proceso constituyente que ya había comenzado en las calles, plazas y cabildos del pueblo. Estamos a las puertas de un plebiscito histórico. El 25 de octubre votaremos aprobar la posibilidad de construir una nueva Constitución para Chile a través de una Convención Constitucional 100% elegida por la ciudadanía, paritaria (hombres y mujeres en igualdad de representación, lo que es inédito en procesos constituyentes a nivel internacional) y con escaños reservados para pueblos originarios. Un gran camino, necesario para permitir que lo imposible vaya transformando lo posible.

En este contexto, nos surgen preguntas y algunas consideraciones. Resulta que al “institucionalizarse” el proceso ciudadano o, dicho de otra manera, al conducirse por los canales de la política de lo posible, los deseos y esperanzas de la política de lo imposible parecieran diluirse, desvanecerse como si todo hubiese sido simplemente un montón de gritos, marchas y consignas. Pero la justicia,

el hambre y los abusos de décadas no se canalizan tan fácilmente. ¿Qué ha sido de la belleza y la estética, por ejemplo, de aquel carnaval ciudadano? ¿Qué es de la fiesta y la alegría que abrazó las calles del país? ¿Qué lugar vamos construyendo ahora para la esperanza?

Es evidente que no hay estamentos o compartimentos fijos. Lo posible y los sueños que mueven nuestros deseos de sociedad se entremezclan. Organización y carnaval necesitan sus tiempos y límites, la voz del pueblo también se cansa. Nadie puede marchar para siempre. Para ello la política cumple una función insoslayable y fundamental: permitir que los procesos legítimamente se desarrollen y lleguen a término. Para dar pie a otros procesos que nos permitirán continuar el camino de construir esperanza y convivencia.

El proceso histórico que estamos viviendo debe canalizar estas esperanzas, y en ningún caso estas deben ser apaciguadas o domesticadas. Su arte será precisamente conducir las políticamente con orientación al bien común. La tensión entre lo posible y lo imposible no debe entenderse como una dificultad o incoherencia en los procesos sociopolíticos de los pueblos, sino como el engranaje que permite que estos avancen. No estamos hablando de pequeñas promesas o soluciones temporales, sino efectivamente de transformaciones estructurales que requieren decisiones osadas y una gran generosidad de parte de todos.

La política debe conducir estas esperanzas y para ello debe saber leerlas. Vivimos otra época, no estamos ni en los 70 ni en los 80. La futura Constitución debe preguntarse por su lenguaje, por su amplitud y por el lugar que dará para que la esperanza sea dicha y establecida como sentir ciudadano y movilizador de una ética, para nuestro hoy y mañana, en pleno siglo XXI, asumiendo los desafíos de nuestro tiempo y pensando empáticamente en las futuras generaciones.

Frente a la crisis climática y ecológica es fundamental incorporar los principios ético-políticos de justicia social, ambiental e intergeneracional.

En estas semanas previas a la votación histórica del plebiscito, a 1 año del estallido social, y en contexto de pandemia donde se han enfermado más de 450 mil personas y han fallecido más de 17 mil, es necesario preguntarnos: ¿dónde está la épica que vimos y padecimos en las calles de Chile? ¿Qué ha sido de todas esas esperanzas teñidas de creatividad y emotividad? ¿Dónde están contenidas y siendo procesadas? Tenemos la oportunidad histórica de construir una gran asamblea de deliberación democrática y esperanza, votando Apruebo y Convención Constitucional. Ahí volvemos a pararnos en la política de lo imposible, y con todas las chances de que se torne, ahora, posible.

Nada está asegurado, pero como no sucedía hace décadas (tal vez la última vez en el plebiscito del 5 de octubre de 1988, donde la ciudadanía derrotó a la dictadura), la pelota la tiene el pueblo soberano y si la política –aquella de lo posible– se mantiene atenta para escuchar, lúcida y abierta, será capaz de efectivamente encauzar las esperanzas imposibles de un Chile cansado, abusado, indignado y sumamente despierto.

Los ojos arrebatados de las víctimas de trauma ocular, símbolo del dolor de la política de lo imposible, no pueden y no deben simplemente desvanecerse en una página en blanco. Con ellos y a través de ellos, la ciudadanía escribirá la esperanza que nos convoca.

Tenemos la oportunidad histórica de superar la Constitución de la dictadura y su herencia, el modelo neoliberal extremo que se impuso a sangre y fuego. La larga transición pactada generó desmovilización después del plebiscito y se impuso la política “en la medida de lo posible”. Tenemos, ahora, la oportunidad de construir nuevas esperanzas, utopías y horizontes de la política de lo imposible.



16. !! DIGNIDAD ESPIRITUAL E INDIGNACIÓN ÉTICA, UNA LECTURA DE LA ENCÍCLICA FRATELLI TUTTI (Capítulos I-III)

10 de noviembre, 2020

Nos hemos propuesto dedicarle tres columnas a la nueva carta Encíclica del papa Francisco, *Fratelli Tutti*, recientemente publicada. Seguro mucho se dirá y discutirá. Ya está sucediendo. En estas reflexiones conjuntas queremos hacer una lectura crítica y continuada. Por eso comenzamos con los primeros tres capítulos (n° 1 al 127). Más que comentar un análisis completo o repetir los puntos principales del documento eclesial, nos abocamos a destacar y discutir aquellos que nos pueden dar luces ético-políticas para nuestro quehacer nacional.

La pluma de Francisco ya nos es conocida y muchos de los temas y acentuaciones, también. Varios de ellos los hemos comentado en otras ocasiones, pues están presentes en sus textos, cartas y llamados anteriores; sobre todo aquellos donde agudiza su crítica contra el neoliberalismo, el consumismo y el individualismo. Manifestación de ello son sus conocidas publicaciones: *Evangelii Gaudium* (2012) y *Laudato Si'* (2015) y, el muy interesante y menos divulgado discurso a los Movimientos Populares en Santa Cruz de la Sierra del año 2015, también llamado “las 3T”, por la insistencia del papa en Tierra, Techo y Trabajo como camino para una paz social y política, al cual vuelve a aludir en *Fratelli Tutti* (n° 127).

Dignidad espiritual

Después de tanta historia, tanta teología y tanta praxis que nos manifiesta la proximidad de Dios, seguimos pensando que permanece lejano e inalcanzable. Seguimos interpretando al cristianismo como un camino interior o una relación “espiritual” con Dios. Al menos en lo referente a una comprensión generalizada. Craso error. El cristianismo no es ni una propuesta espiritual interior ni una referencia aislada a Dios. Dicho de otra manera, no hay cristianismo sin historia, ni espiritualidad cristiana sin actos, gestos y prácticas concretas en vistas del otro.

Este aspecto permanente en la historia del cristianismo, presente en la reflexión teológica y en la vida de los creyentes, se ha visto también amenazado por “espiritualismos” o formas lejanas a la propuesta de Jesús de Nazaret. Estas amenazas han estado también presentes a lo largo de toda la historia, tomando formas ligadas a la rigidez moral, al intimismo religioso, la obediencia a una doctrina o la práctica cultural de ritos. Todo ello en desmedro del mensaje fundamental de Jesús y, lamentablemente, de la vida ético-política de los pueblos.

Francisco no en vano es un obispo del sur. Hijo de la teología del pueblo generada en Argentina y del caminar latinoamericano expresado en Medellín (1968), Puebla (1979) y sobre todo Aparecida (2007). Todas ellas conferencias episcopales donde la “opción preferencial por los pobres” y el vínculo inseparable entre espiritualidad y ética, fe y política o seguimiento de Cristo y compromiso social se evidenciaron con claridad. Nada más lejano al cristianismo como el ensimismamiento religioso o el enclaustramiento sociopolítico. No cabe duda que dichas lecturas religiosas distanciadas de la lucha por la justicia o la defensa de los Derechos Humanos provienen del mundo acomodado, queriendo alienar al pueblo empobrecido que clama por su liberación.

El papa argentino sabe dónde está parado y eso nos da pie a una doble lectura. Por un lado, desde la valentía o parresía, más bien. Ese “decir veraz” frente a la hipocresía de las estructuras injustas y de quienes las han perpetuado. Y, por otro, su lugar vital. Es un obispo de la Iglesia y como tal habla desde una cúpula, desde un rol y desde una situación privilegiada. Todo ello pude que no le quite valor ni fuerza a su parresía y, muy por el contrario, exacerbarla, sabiendo el giro conservador que la Iglesia ha venido, con más o menos tensiones, teniendo desde mediados de los 90. Pero hace bien no ser ingenuos y saber quién habla y desde dónde lo hace.

Así, Fratelli Tutti vuelve a posicionar la dignidad (n° 8, 39, 68, 85, 106, 124) como un valor de primer orden y referirla a quien la ha otorgado, a saber, Dios. Dos cosas cabe explicitar: el cristianismo, desde sus orígenes ha establecido y promovido la dignidad originaria y universal de todo ser humano. Desde la invención del concepto de persona humana, hasta constituir el piso fundamental para la Declaración universal de los Derechos Humanos. Y segundo, que dicha dignidad se comprende como originada en Dios. Es Dios mismo quien crea en igualdad, sin distinción de ningún tipo. Y a pesar de que ello mereció interpretaciones y diferentes lecturas, con Jesús y el anuncio de los con-Jesús ya no quedan dudas: No hay griego ni judío, ni varón ni mujer, ni rico ni pobre, a los ojos de Dios. Lo que nos une es el ser hijos e hijas y entre todos y todas formar una hermandad fundamental. Por eso la dignidad no es solo social, ética, política, de género o cultural, sino también, y antes que todo, espiritual.

No es menor y creemos que es ya un acto político y espiritual el que Francisco explicita que la Encíclica está basada en el diálogo y reflexión conjunta con el Gran Imán Ahmad Al-Tayyeb (n° 5, 29). Fratelli Tutti puede ser leída como una conversación pública y abierta a la ciudadanía entre el cristianismo católico y el islamismo, aunque en este último habría que ser más exactos, ya que el Imán no representa a todo el espectro del Islam. Así como el papa no representa tampoco todo el mundo cristiano. A sabiendas de ello, el solo acto da testimonio de lo que busca proponerse como amistad política, fraternidad o amabilidad política, el sabernos “caminantes de la misma carne humana” (n° 8).

Dicha dignidad espiritual impele a la construcción de un nosotros (n° 35) y el humanismo contenido en la fe debe alertarnos del desprecio, la exclusión y la indiferencia (n° 86). La dignidad es el motor,

la fuente y la condición de posibilidad para la comunidad sociopolítica. Imposible no releer también desde aquí la principal consigna del despertar chileno y emocionarnos cuando en letras gigantes se proyectaba en un edificio, se gritaba al mundo entero y se territorializaba bautizando un lugar icónico y cargado de simbolismo como la actual Plaza de la Dignidad. Fratelli Tutti no tendría ningún problema en estar, junto con muchos otros textos, en las manos de la futura estatua que corone la nueva plaza.

Indignación ética

Los primeros tres capítulos están llenos de denuncias. Francisco no escatima en ser crítico contra el sistema del descarte que “nos tiene más solos que nunca” (n° 12). Sin usar el término que aquí asumimos, el de indignación, no nos cabe ninguna duda que el sentimiento que abunda en estas páginas es ese: el de una indignación ética contra una humanidad sin horizonte (n° 26).

Podríamos preguntarnos a quién le habla el papa en estos capítulos. Quién es su interlocutor directo, más allá de todos los hombres y mujeres de buena voluntad. ¿Para qué detenerse tanto, de nuevo, en su crítica y análisis ante los modelos socioeconómicos y una cultura que al parecer no se escapa del individualismo, la indiferencia y el egoísmo? Nos llama la atención porque no es lo único que vemos ni lo que abunda, al menos en las organizaciones de base. Aventuramos que Francisco le habla a la clase dirigente, a los tomadores de decisiones, a quienes deciden qué abrir y qué cerrar, qué otorgar y qué quitar. El papa le habla a una elite económica y política. A quienes, a fin de cuentas, perpetúan el desprecio por el pueblo (n° 99), el individualismo radical (n° 105) y las estructuras donde dichas actitudes y hábitos se cimentan.

Aunque, al menos en estos capítulos, el papa no se refiere mucho a la Iglesia, dentro de esas elites también se encuentra la jerarquía y el Pueblo de Dios que, sin conciencia crítica ni la audacia propia de los seguidores de Jesús, permite, con complicidad, que dichas estructuras, hábitos y formas se mantengan.

La indignación nos abre a la esperanza, ella permite e impulsa cambios profundos como los que hemos vivido estas recientes semanas en Chile. Indignados contra el no reconocimiento de la dignidad de todos y todas, el pueblo de Chile ha abierto un camino histórico. Pero, a la luz de Fratelli Tutti, habría que afirmar que no es para nada fácil ni mucho menos está asegurado. Pues detrás de los abusos acumulados hay una “cultura”, una forma de pensar y decidir; y un cúmulo de miedos y de inercia con los cuales hay que enfrentarse. La idea sacralizada de la propiedad privada en desmedro del destino universal de los bienes y del derecho de todos a su uso (n° 123) es una de las bases que el documento eclesial nos insta a reformular.

Seguir pensando la democracia, la justicia, la libertad, la unidad y la fraternidad, hoy por hoy manoseadas (14), es urgente para la construcción del nuevo Chile. Toda sociedad, dice el obispo de Roma, puede encaminarse cuando recobra la potencia del bien común (nº 66), cuando asume los bienes comunes como norte de su navegación ético-política y, a partir de ahí, reconstruye su orden social, su proyecto humano. Estos capítulos pueden ayudarnos para reflexionar y pensar en aquel horizonte común y lo que deseamos para encauzarlo de manera profunda, dialogada y consensuada en vistas de la construcción de un país justo y amable: de hermanos y hermanas.

17. UNA POLÍTICA DE LA TERNURA (Capítulos IV y V de Fratelli Tutti del papa Francisco)

4 de diciembre, 2020

Como ya habíamos anunciado, esta corresponde a la segunda columna de un total de tres, que hemos querido dedicar para comentar y analizar el reciente documento del papa Francisco sobre la Fraternidad Política y Amistad Social, llamada Fratelli Tutti.

Si bien los primeros capítulos, ya comentados, giraban en torno a un agudo y duro diagnóstico respecto de la situación social y política del mundo, en particular del sistema económico imperante, y en base a la idea de la dignidad humana, social, colectiva y espiritual, estos capítulos los hemos tomado desde lo que podría denominarse una política de la ternura (194), cuyo pilares fundamentales vendrían siendo la hospitalidad (129, 139, 146), la categoría pueblo (160, 182) y la caridad (183-193).

Primero **la hospitalidad**. Esta expresión ética está en el corazón del cristianismo y es de una profundidad tan hermosa como incómoda. Desde la concepción misma de Dios, quien se hace hospitalario de lo otro, de lo que no es Él, es decir, todo lo creado; hasta la idea, también abismante de un Dios que necesita ser acogido por su creación para entrar en relación y establecer un vínculo o alianza con ella. Dios toca a la puerta y espera, tímidamente, que le respondamos. La hospitalidad es uno de los puntos altos en la tradición judeocristiana, manifestada en el episodio de la Encina de Mambré (Génesis 18, 1-8), donde Dios en la figura de tres ángeles llega de visita al hogar de Sara y Abrahán. Interpretaciones hay muchas y el texto ha sido tan expresivo que el gran iconógrafo y santo ruso Andréi Rubliov (muerto c. 1430) pintó la escena conocida como “La Trinidad”. Más tarde Jesús da muestras de lo que entiende y cómo debe ser vivida la hospitalidad; y se convierte en una de las marcas distintivas del espíritu cristiano. Acoger al forastero, dar abrigo y techo a quién no lo tiene, servir al huésped como si fuera él quien nos acoge. Toda una ética de la hospitalidad como reflejo y testimonio de la hospitalidad primera de Dios.

Francisco, sin entrar mucho en esta virtud se detiene en temas que siguen siendo complejos a la hora de poner la hospitalidad en acción, como los migrantes (129), los refugiados (130) y todas aquellas personas que se encuentran lejos de su tierra. Pero, y creemos que aquí radica la fuerza de estos números, no se trata solo de un ejercicio virtuoso o de poner en práctica la bondad, sino de la necesidad de generar vínculos con lo distinto (135-137). Francisco esboza lo que filósofos judíos como Emanuel Levinas habían definido como alteronomía, es decir, una ética del otro; donde la ley moral, el mandato del amor y la justicia vienen siempre dados por el otro y en particular el otro menospreciado, marginalizado, empobrecido; en definitiva, aquellos que de manera única Eduar-

do Galeano llamó “los nadie”. Aquí nos encontramos con una riqueza ética y existencial que no ha llegado a cuajarse ni en la praxis sociopolítica ni en reflexiones teológicas de líderes cristianos. El otro nos construye, el otro nos permite ejecutar la bondad originaria, el otro nos da la posibilidad de responder al amor, desplazar el ego y transitar la humildad.

Vivir la hospitalidad significa, por un lado, repensar nuestras ideas de políticas migratorias y de acogida al extranjero, pero también y muy probablemente otra forma de comprender el territorio. La hospitalidad dista de muros y fronteras rígidas; no tiene nada que ver con ideas nacionalistas ni con culturas uniformes (144). Pensar desde la hospitalidad nuestras relaciones chileno-pueblos originarios nos puede conducir a otro tipo de relaciones y alianzas muy distintas a las actuales, mezquinas, heridas e injustas. Nos necesitamos para vivir mejor (143, 150), para aprender del otro y reconocer aquello que no logro ver y que apenas imagino. Los otros mundos posibles solo son posibles desde la hospitalidad del otro. Francisco habla de nuevas síntesis, de mestizajes y encuentros entre culturas y pueblos distintos como una expresión de la belleza de la vida y de la posibilidad de un mejor vivir (148).

El pueblo. Probablemente para entender aquí al obispo de Roma debemos conocer un poco su historial teológico-pastoral. Francisco proviene de una vertiente muy rica de la teología latinoamericana conocida como “Teología del Pueblo”. Nacida después del Concilio Vaticano II y en particular de la Conferencia de Medellín el año 1968. Podríamos decir apresuradamente que es la lectura argentina de la Teología de la Liberación, sistematizada entre algunos por Lucio Gera, Juan Carlos Scanonne y Alberto Methol. La Teología del Pueblo comprende precisamente al pueblo como sujeto histórico, mítico y capaz de organización, emancipación y cohesión cultural, religiosa y política. Por eso en Fratelli Tutti y en otros documentos, Francisco hace hincapié en este tema y se detiene a discutir con la idea de populismo. De alguna manera critica su uso y abuso, ya sea para explicar que no todo populismo es tajantemente perverso ni que es una idea que haya que usar frente a cualquier política social en vistas del pueblo pobre (157).

El pueblo existe, no es una mera abstracción ni tampoco una ideología. No es una figura romántica (163) ni utópica. Sin duda, ese ha sido uno de los más grandes errores: idealizar al pueblo transformándolo en algo que no es. El pueblo se encuentra, celebra, comparte, resiste y lucha. Para el cristianismo no hay ningún problema en utilizar esta categoría polisémica, pues ella también pertenece a la tradición. Dios escoge un pueblo. No solo a personas o propuestas o proyectos, sino pueblos, colectivos diversos, comunidades amplias con historia, sufrimientos y esperanzas. “Forma parte de una identidad común” (158), dice el texto. Somos pueblo, nos entendemos como pueblo.

Sin embargo, en nuestros días esta categoría más allá de sus dificultades y riquezas semánticas no siempre da cuenta de la realidad. ¿Qué pueblo somos? Y ¿quiénes conformamos hoy dicho pueblo? En un Chile fragmentado e indignado, sentimiento que no amaina luego del rotundo e histórico Apruebo del 25 de octubre, vale la pena volver sobre estas preguntas. ¿Qué identidades nos con-

forman como pueblo? ¿Dónde estamos camino a ese pueblo que espera abrazado y celebra la vida a pesar de todo?

Los grupos de poder, las élites ensimismadas buscan “desfigurar al pueblo” y su conciencia de cuerpo. ¿Cómo entonces construir otras intermediaciones, generar nuevos espacios y refugios políticos, sociales, culturales y espirituales? No es tarea fácil. Somos más bien un enjambre, diría el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, no llegamos a constituir un pueblo; tampoco cuando nos conformamos en uno para Aprobar. El enjambre solo se reúne funcionalmente, en vistas de un acto puntual, de un acontecimiento, de un espectáculo. Pero no por causas duraderas, ni mucho menos para luchas que nos pueden costar la vida. Es posible, tal vez no de forma tan exhaustiva. Quizás en la América morena, latina e indígena sí queda pueblo aún. No somos autómatas ni estamos desmembrados. No del todo. Es posible continuar la senda del Pueblo. Fratelli Tutti la anima (160), a contracorriente del individualismo del enjambre neoliberal.

Finalmente, **la Caridad** como conjunción del pueblo y la política (164). La palabra no nos gusta, está gastada y alude a aquellas formas de solidaridad que tanto hemos rechazado: paternalismos y asistencialismos. Al menos en el imaginario colectivo la caridad es sinónimo de generosidad y ayuda, pero con el entredicho de dar lo que sobra. Aquí Francisco vuelve a reposicionar la caridad como amor social en vistas de una transformación (165). Una caridad que requiere organización, resistencia y lucha. Nada que ver con aquellas caridades que no estremecen en nada los cimientos de la injusticia, con la caridad servil a las tecnocracias financieras y al greenwashing, deberíamos agregar. Eso no es caridad, sino drogas para las conciencias intranquilas.

El texto vuelve sobre los movimientos populares como motores de transformación. Es una “tecla” de Francisco que nos parece sumamente importante y profética. Son los pobres y los movimientos en torno a los empobrecidos, trabajadores precarizados, comunidades vulneradas, oficios no reconocidos y mal remunerados... ellos y ellas, los y las “poetas sociales” (169), son quienes poseen el mayor potencial transformador. Aquí la caridad consiste en oírlos y darles la posibilidad de tomar decisiones e intervenir en las políticas públicas. Es la “opción preferencial por los pobres” la que activa la verdadera caridad, aquella que no se entiende desvinculada de la justicia y equidad. Dicha opción es el corazón de la política, afirmará el papa sin malabarismos (187).

Así es como la grandeza política (178), la dignidad de la política (180) aparece en su mejor versión, a partir del amor y la amistad social en vistas del bien común. Allí radica el ejercicio de ser con-vocados en comunidad. Velar, disputar, dialogar y construir juntos y juntas ese espacio vital donde todos y todas puedan encontrar un sitio para desarrollarse.

Ya al final de los capítulos que hemos comentado, Francisco vuelve a vincular estos pilares, pues la caridad se expresa en el ejercicio de la hospitalidad. La acogida será la manifestación de la amistad social cuyo corazón es una opción por, con y junto a los empobrecidos de nuestros pueblos. ¿Qué

hiciste por tu hermano y hermana cuando estabas en esa posición de poder? ¿De qué forma tu praxis política se vio tocada, pensada y dirigida a los sufrientes y “los nadie”? (197). Así como las preguntas de Mateo 25 en el juicio final por cuánto amaste, cuánto serviste, cuánto acogiste; Francisco sitúa las preguntas en el plano del ejercicio del poder.

En pleno período electoral, en medio de candidaturas, rostros y personalidades levantadas por la prensa, indignantes abusos, incomprensibles injusticias y nuevos escándalos en la política chilena, viene bien leer estos capítulos y preguntarse por los resortes y móviles colectivos de quienes dicen servir, ayudar, colaborar. Viene bien preguntarnos por el pueblo que queremos ser y hasta que punto el dolor del otro nos conmueve y desarma. Solo así seguiremos transitando la ruta hacia una política de la ternura.



18. VIOLENCIA, BALAZOS Y ARTESANOS DE LA PAZ (Capítulos VI - VIII de Fratelli Tutti del papa Francisco)

7 de enero, 2021

Esta columna, como lo anunciamos hace un par de meses, corresponde a la tercera y última en este ciclo que hemos dedicado a reflexionar sobre la contingencia política a partir de la Encíclica del papa Francisco sobre la fraternidad y amistad social, *Fratelli Tutti*.

Tuvimos la suerte de realizar una lectura comunitaria, con diversos actores y representantes de comunidades pastorales, activistas, académicos y gente comprometida en el ámbito social y político. Fueron varios encuentros en los que fuimos analizando, con espíritu crítico, las palabras de Francisco y los contenidos de la Encíclica. Estas columnas han bebido de esa fuente colectiva, esperanzada y luchadora.

Un breve racconto: La primera columna la dedicamos a la dignidad e indignación como soportes de una ética fundamental para una democracia real. La segunda que titulamos “política de la ternura”, nos permitió relevar temas que Francisco posiciona tales como la hospitalidad, el pueblo y la caridad. De alguna forma *Fratelli Tutti* esta instalando, sin buscar novedad, sino visibilidad, lo que podría ser una ética para combatir la agonía del neoliberalismo -económico y cultural- y al mismo tiempo formar, y proponer los cimientos, de la sociedad que se avecina (215).

Entre estos cimientos resta referirnos a los que en los tres últimos capítulos resaltan con más fuerza: el diálogo y la lucha contra la violencia. Partamos por esto último que sigue siendo un tema mayor y cada vez más preocupante en nuestro país.

El debate sobre la violencia es inevitable. No solo es importante, sino necesario. Durante los últimos meses bastante hemos escuchado respecto de la violencia, de la violencia de los saqueos, de la violencia de los encapuchados, de la violencia de un sistema que no respeta y abusa de los ciudadanos, de la violencia policial, de la violencia de los narcos y de la violencia contra los DDHH. Y seguimos debatiendo sobre qué formas son violentas y cuáles no, o si estas dependen de quién o quiénes las ejercen. Sin embargo, creemos que, a veces, las discusiones corren por carriles distintos y aluden a objetos distintos. Hablar de la violencia a secas es tan abstracto como referirse al mal, a la injusticia o la libertad. La historia de los últimos siglos nos ha alertado respecto de concepciones metafísicas o demasiado abstractas sobre todo en el campo de la política. No es posible el debate político y la búsqueda del bien común en sociedades contemporáneas basándose en ciertos conceptos de carácter ontológico, religiosos o especulativos.

La teóloga suiza Lytta Basset al definir el mal lo plantea en términos de una ética, es decir, el mal vendría siendo “lo que hace mal”. De ese modo salimos de una discusión sin fin y, al menos, en lo que tiene que ver con la política nos enfocamos en aquello que hace mal y daña a los ciudadanos y sus instituciones. Sobre la violencia podríamos hacer lo mismo. Violencia es lo que nos violenta, aquello que nos produce violencia y atenta contra nuestra persona e instituciones, por más precarias que estas sean. De ahí que sea mejor hablar de violencias, pues estas son múltiples y subjetivas, de un amplio espectro tan difícil de definir como aquello que nos hace mal.

Mientras para algunos fue violento el “el que baila, pasa”, para otros lo son el sistema de pensiones; si para algunos es violenta una capucha, para otros lo son un viaje en metro diario donde los cuerpos se topan y el miedo se confunde con el desagrado y la rabia. Violento es el no respeto del otro, más aún en tiempos de una pandemia global que ha cobrado ya cerca de 16.500 vidas en nuestro país y más de un 1.600.000 en el mundo. Las violencias son múltiples. Si bien hay niveles de violencia tolerables, aquellos inherentes a la vida con otros, al hecho de tratarnos e interactuar en todo orden de cosas con las que lidiamos en nuestro día a día. Hay violencias que no se pueden ni deben tolerar, violencias que sobrepasan la línea que nosotros mismos nos pusimos y llamamos: Estado de Derecho y Derechos Humanos. Este parámetro internacional no tiene que ver con el sentir personal ni con molestias de carácter minucioso, sino, y aquí radica lo importante, con mínimos fundamentales para la vida humana. Por eso “el que baila, pasa” no pertenece al mismo orden que la violencia policial, ni una capucha es comparable con un sistema de pensiones indigno e injusto. Ni mucho menos la corrupción institucional de millones de pesos es comparable al hambre que se sustenta a pulso gracias al centenar de ollas comunes a lo largo del país. La violencia posee un rostro obscuro. “Ignorar la existencia y los derechos de los otros, tarde o temprano provoca alguna forma de violencia, muchas veces inesperada”, dice Francisco (219).

Cuando entramos al debate sobre las violencias debemos situarnos en este último nivel: el de la dignidad humana (213), de los derechos humanos, el del bien común y el cuidado de la vida. Y en este debate sí vale la pena gastar tinta y palabras. “Quien sufre la injusticia tiene que defender con fuerza sus derechos y los de su familia precisamente porque debe preservar la dignidad que se le ha dado, una dignidad que Dios ama”, dirá el Papa (241). Todo lo que hemos vivido en especial desde el estallido social y luego con la pandemia del covid-19 debe exigirnos no perder la mirada de las cosas importantes: vivienda, pensiones, educación, salud. Al menos eso. Al menos en esos campos no deberíamos encontrarnos más con situaciones de miseria y desigualdad, de falta de equipamiento médico o de precariedad educacional, de personas que sigan viviendo pagando y pagando deudas hasta el final de la vida. Los mínimos no están ni cerca de asegurarse y por eso la violencia es entendida también en su versión estructural. Hemos generado un modelo económico muy violento. Hemos creado mecanismos que reproducen esa violencia contra la que al parecer poco podemos hacer. Y eso lo hace más violento. Nos violenta y nos hace más violentos.

Francisco en esto es directo: “la paz social es trabajosa, artesanal [...] y esta no surge acallando las reivindicaciones sociales o evitando que hagan lío, ya que no es un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz” (217). Para combatir la violencia es necesario trabajar, artesanalmente, hacia una cultura del diálogo y del encuentro. Se trata de reconocer que en el otro también hay algo de verdad, más aún, que la necesito para comprender los sucesos sociales. “En el otro hay una perspectiva legítima” (228), pero ella requiere ser conversada, dialogada, escuchada. El otro porta una promesa que es fundamental acoger.

Aquellas violencias estructurales no pasan por pequeñas decisiones o buenas voluntades; ellas deben ser revertidas con cambios estructurales, donde uno de ellos -ni todo ni el único- es el cambio de constitución. El proceso constituyente en el que estamos embarcados no debe perder su foco, y ojo que es esto no es difícil. El foco está puesto en la democracia, en reiventarla, en reconducirla, lejos de los abusos y privilegios de pocos, hacia los beneficios y la justicia para todos. En este proceso la lucha contra las violencias y en pos de la paz social requiere “transformaciones artesanales obradas por los pueblos, donde cada ser humano es un fermento eficaz con su estilo de vida cotidiana” (231). Francisco habla de una arquitectura de la paz, refiriéndose a las diversas instituciones sociales, pero también de la necesidad de esta artesanía de la paz que nos involucra a todos y todas.

Es un imperativo ético, para evitar la escalada de violencia, balazos y caos, y colaborar en salidas democráticas basadas en el diálogo, el reconocimiento, la justicia y verdad (226); realizar gestos y acciones concretas -políticas, personales, colectivas- en vistas del encuentro, la escucha y la defensa de los derechos de todos. Somos convocados a garantizar que todos los ciudadanos puedan sentirse “protagonistas del destino de la nación” (233). La democracia debe ayudarnos a administrar la violencia y no ejercerla sobre los ciudadanos, debe protegernos de las violencias y no acapararlas o institucionalizarlas. La democracia debe asegurar los mínimos que, precisamente, nos liberan de la ebullición de las violencias. Las violencias disminuyen cuando hay democracia; cuando hay buena educación, justa, de calidad y para todos.

Las violencias se aminoran cuando la salud está garantizada, cuando hay buen trato y dignidad en los servicios. Las violencias se apaciguan cuando sabemos que el trabajo de años tendrá sus frutos el día de mañana y que el descanso no es un premio o un regalo, sino un derecho de todos los seres humanos en una sociedad democrática. Las violencias respiran cuando sabemos que lo vivido no fue en vano.

Si como chilenos y chilenas queremos paz, no debemos solamente atacar las violencias, sino el modelo que precariza la democracia y menosprecia a los seres humanos y la totalidad de la vida en el planeta.

IV. EPÍLOGO

Chile vive múltiples crisis simultáneas, complejas y amenazantes. Crisis climática y ecológica, crisis sanitaria, crisis económica derivada de la pandemia, crisis de DDHH por la violencia policial, y crisis social derivada de la revuelta popular.

Estamos en tiempos de cambios profundos, con un proceso constituyente en camino, un cambio de época llena de incertidumbres y oportunidades. El neoliberalismo está en su fase terminal y en decadencia, nació en la dictadura chilena cívico-militar de la mano de los Chicago boys y de los crímenes de lesa humanidad. Puede morir en Chile. ¿Hacia dónde vamos? ¿Qué modelo de sociedad, economía y convivencia democrática construiremos?

Esperamos sinceramente que este libro aporte insumos y reflexiones para la deliberación terapéutica y colectiva que necesitamos regalarnos como país, para ir sanando heridas y caminar hacia una vida plena, basada en la dignidad, justicia social y ambiental.

Un humilde y sencillo aporte con reflexiones compartidas donde se entremezclan lecturas éticas, teológicas, poéticas, espirituales, ecológicas y políticas. Columnas publicadas para interpelar y ser interpelados, convertidas en libro, escritas por un teólogo y un senador.

Juan Ignacio Latorre R.

obras y autores de referencia

- Achille Mbembe. (2018). *Necropolítica*. Valle del Maipo: Sátira Ediciones.
- Blaise Pascal (2015). *Pensamientos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Boaventura de Sousa Santos (2020). *A cruel pedagogía do vírus*. Lisboa: Almedina Edições.
- Byung-Chul Han. (2014). *En el enjambre*. Barcelona: Herder.
- Byung-Chul Han. (2014). *Psicopolítica*. Barcelona: Herder.
- Byung-Chul Han. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- Eduardo Galeano. (2008). *Espejos. Una historia casi universal*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Emanuel Levinas. (2002). *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*. Salamanca: Sígueme.
- Gastón Bachelard. (2016). *El agua y los sueños. Ensayo sobre la imaginación de la materia*. México: FCE.
- Giorgio Agamben. (2013). *Altísima Pobreza. Reglas monásticas y forma de vida. Homo sacer, IV, 1*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Gustavo Gutiérrez. (1986). *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*. Salamanca: Sígueme.
- Ivone Gebara. (2000). *Intuiciones ecofeministas. Ensayo para repensar el conocimiento y la religión*. Madrid: Trotta.
- Jean-Christophe Bailly. (2019). *La vida del agua*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Joan Martínez Alier y Jordi Roca (2013). *Economía Ecológica y Política Ambiental*. México: FCE.
- Johann Baptist Metz. (2007). *Memoria Passionis, Una evocación provocadora en una sociedad pluralista*. Santander: Sal Terrae.
- Jon Sobrino. (2000). *La fe en Jesucristo. Ensayo desde las víctimas*. San Salvador: UCA Editores.
- Jon Sobrino. (2009). *Fuera de los pobres no hay salvación*. San Salvador: UCA Editores.
- Juan Carlos Scanonne. (2017). *La teología del pueblo. Raíces teológicas del papa Francisco*. Bilbao: Sal Terrae.
- Leonardo Boff. (2011). *Ecología: Grito de la Tierra, grito de los pobres*. Madrid: Trotta.
- Leonardo Boff. (2012). *El cuidado necesario*. Madrid: Trotta.
- Lytta Basset (1999). *Guérir du malheur*. Paris: Albin Michel.
- Maristella Svampa y Enrique Viale. (2014). *Maldesarrollo. La Argentina del extractivismo y el despojo*. Buenos Aires: Katz Editores.

- Maristella Svampa y Enrique Viale. (2020). *El colapso ecológico ya llegó. Una brújula para salir del (mal)desarrollo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Michel Foucault. (2017). *Un diálogo sobre el poder y otras conversaciones*. Madrid: Alianza Editorial.
- Modatima. (2019). *Las luchas por el agua en Nuestra América. Voces en movimiento*. Santiago: LOM.
- Papa Francisco. (2012). *Evangelii Gaudium. La alegría del Evangelio*. Exhortación Apostólica.
- Papa Francisco. (2015). *Laudato Si'. Sobre el Cuidado de la Casa Común*. Carta Encíclica.
- Papa Francisco. (2020). *Fratelli Tutti. Sobre la fraternidad y amistad social*. Carta Encíclica.
- Pedro Casaldáliga y J.M. Vigil. (1992). *Espiritualidad de la Liberación*. Managua: Editorial Envío.
- Pedro Pablo Achondo M. (2017). *Desde el abismo clamo a ti Señor. Dios, el sufrimiento y lo que podemos hacer*. Santiago: San Pablo.
- Pedro Pablo Achondo M. (2020). *Una Iglesia híbrida. Aproximación a las comunidades de Jesús*. Santiago: San Pablo.
- Raúl Fornet-Betancourt. (2007). *Sobre el concepto de Interculturalidad*. México: Consorcio Intercultural.
- Slavoj Žizek. (2018). *Contra la tentación populista*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Timothy Morton. (2018). *El pensamiento ecológico*. Buenos Aires: Paidós.
- Vandana Shiva. (2004). *Las guerras del agua. Contaminación, privatización y negocio*. Barcelona: Icaria.
- Walter Benjamin. (2005). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos. Trad. y presentación de B. Echeverría*. México: Contrahistorias.
- Yves Carrier. (2017). *Monseñor Oscar Arnulfo Romero. Historia de un pueblo, destino de un hombre*. Santiago: ediciones Caballo de mar/CEFOSO.

